LA NOCHE LOCA



Comedia en tres actos de

HONORIO MAURA

LA FARSA

Cubierta

de

este

número:

Eloísa

Muro

primera

actriz

del

Infanta

Isabel

HONORIO MAURA

LA NOCHE LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, el 4 de marzo de 1931.

DIBUJOS DE

ANTONIO MERLO



LA FARSA

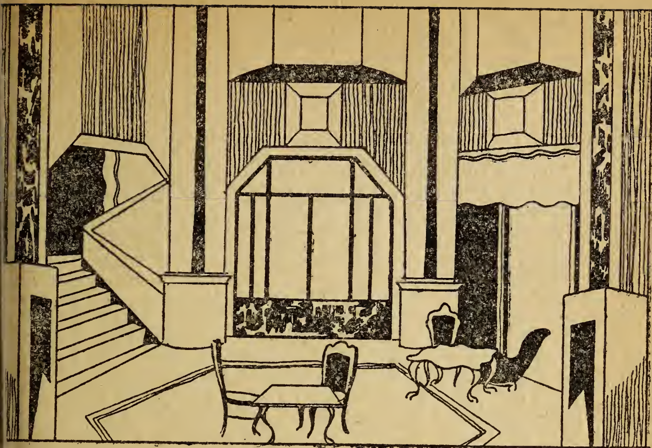
ÑO V | 18 DE ABRIL DE 1931 | NÚM. 188

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Fanny	Eloísa Muro.
Julia	Julia Tejera
Florista	María Lola Argenti.
Antonio Viana	Manuel Collado.
Fernando Piña	José Soria.
Pardo Sotero	Luis Manrique.
Arquellada	Pedro González.
Maitre de Hotel	Pedro Valdivieso.
D. Benito	Luis Domínguez Luna.
Camarero	Faustino Cornejo.
Botones 1.º	Jesús Valero.
Botones 2.º	Juan Pedregosa.

ACTO PRIMERO



a parte del hall de un gran hotel, el Mundial Palace. Al fondo, s un ventanal grande, se supone el grill-room. A derecha e uierda, al fondo, grandes columnas. A la izquierda de la escena, tresillo lujoso y mesitas. A la derecha, al fondo, el arranque de escalera. A derecha e izquierda, primer plano, dos cabinas telefónicas.

Desde que se levanta el telón hasta que cae se oye, de vez cuando, lejana, la melodía de un jazz, que viene del comedor. pie de la escalera hay un BOTONES que pasea. Son las nueve nedia de la noche. Diciembre. Apenas se levanta el telón apa- e por la izquierda. FANNY. Traje de noche. Magnífico abrigo pieles.)

(NNY, después de mirar a derecha e izquierda buscando a uien, ve al BOTONES.)

ANNY.—¡Niño!...
OTONES.—¿Señorita Fanny?
ANNY.—¿Ha venido alguien a preguntar por mí?
OTONES.—No, señorita Fanny.

Fanny.—¿Has visto por aquí al señor Pardo Sotero?

Botones.—No, señorita Fanny.

Fanny.—¿Y al señor Arquellada?

Botones.—Tampoco, señorita Fanny...

Fanny.—¿Quieres preguntar al conserje si hay algún recad para mí?

Botones.—Ahora mismo, señorita Fanny... (*Sale el Botone Fanny se sienta en el sofá. Coge un periódico cualquiera y lo h jea sin interés. Entra por la izquierda ANTONIO VIANA, segu do de FERNANDO PIÑA. Los dos de smoking Antonio. más el gante que Fernando.*)

Antonio.—¿Lo ves?... ¡Mírala!...

Fernando.—Bueno... ¿y qué?...

Antonio.—¿Cómo qué y qué?... ¿Has visto tú en tu vida nac parecido?

Fernando.—(*Mirando con detenimiento a Fanny.*) No es mal... Pero las hay mejores...

Antonio.—Eso crees tú... Yo no he visto nunca una mujer qı me guste más...

Fernando.—Entonces has visto pocas...

Antonio.—Más que tú...

Fernando.—¿Y qué sacas en limpio con estar aquí?

Antonio.—Verla... ¿te parece poco?

Fernando.—¿Tú sabes qué hora es?

Antonio—Sí; la de admirar a una mujer así...

Fernando.—Son cerca de las diez y en casa de los Villacant se come a las nueve y media.

Antonio.—Que coman sin mí...

Fernando.—Pero, ¿te has vuelto loco?...

Antonio.—¡A lo mejor!... (*Vuelve el BOTONES.*)

Botones.—(*A Fanny.*) El conserje no tiene ningún recado ra la señorita.

Antonio.—(*A Fernando.*) El conserje puede que no. Pero sí...

Fanny.—(*Al Botones.*) ¿Ni cartas tampoco?

Botones.—No, señorita...

Antonio.—La de miles de cartas que escribiría yo a una m jer como esta...

Fanny.—(*Al Botones dándole un duro.*) Gracias niño. (*Vuel a leer su revista sin ocuparse para nada de Antonio y Fernan que siguen sentados enfrente. El Botones vuelve a pasear al de la escalera.*)

Antonio.—¿Te has fijado cómo se bajó del coche?...

Fernando.—¡Como todo el mundo!...

ANTONIO.—¡Como todo el mundo!... Casi sin tocar el suelo... Como los ángeles. ¡Como lo que es! ¡Eso no es una mujer!

FERNANDO.—Pues si no es una mujer... vámonos...

ANTONIO.—¡No me da la gana!... ¡Mira qué ojos!... ¡Qué boca!... ¡Qué hombros!... ¿Dónde me dejas las piernas?... (*Fanny cruza sin querer las piernas en otro sentido.*) ¿Ves?... La telepatía... Presiente que hablamos de ella...

FERNANDO.—La telepatía... ¡El estrépito que tú armas! Te ha oído... ¡Pegas cada grito!...

FANNY.—¡Niño!...

BOTONES.—Señorita.

FANNY.—Pídeme el 56380 (*Más bajo.*) Que se ponga al aparato el señor Pardo Sotero

BOTONES.—¡Ahora mismo! (*Se mete en la cabina de la izquierda.*)

ANTONIO.—Apunta el número... 56380...

FERNANDO.—¿Es para jugarlo a la lotería?...

ANTONIO.—No. Es para matar a su propietario.

FERNANDO.—Haz el favor de no decir más idioteces y vámonos...

ANTONIO.—Vete tú. Yo me quedo...

FERNANDO.—¿Hasta cuando?...

ANTONIO.—Hasta que hable con ella. Una ocasión asi no se desperdicia.

FERNANDO.—¿Y Villacantos?...

ANTONIO—¡Que le zurzan!...

FERNANDO.—¿Y tu destino?...

ANTONIO.—Mi destino es esa mujer... Además que... esta noche íbamos a comer allí para pedírselo. Conformes. Pero... ¿me lo iba a dar? Tal vez sí... tal vez no... En cambio, lo que es seguro es que tengo delante a la mujer más bonita de España, y algo es algo.

BOTONES.—(*Acercándose a Fanny y en voz baja.*) El señor Pardo Sotero no está en su casa.

FANNY.—Bien... ¡Gracias!... (*El Botones vuelve a su sitio.*)

ANTONIO.—¡Botones!...

BOTONES.—(*Acudiendo.*) ¡Señor!...

ANTONIO.—¿Cómo se llama esta señorita?

FERNANDO.—(*Al Botones.*) ¡No se lo digas!...

ANTONIO.—¿Cómo se llama?...

FERNANDO.—¿Qué te importa a ti cómo se llama?...

ANTONIO.—(*A Fernando.*) ¡Dale un duro!...

FERNANDO.—Dáselo tú.

ANTONIO.—Yo no tengo suelto... ¡He dicho que le des un duro!...

FERNANDO.—(*Dando un duro al Botones a regañadientes.*) Esto es el colmo!... ¡Dile que se llama Rita!...

BOTONES.—Se llama la señorita Fanny...

ANTONIO.—Fanny... ¿qué?

BOTONES.—¿Le parece poco al señor?... La señorita Fanny. Me parece que por cinco pesetas ya es bastante...

ANTONIO.—(*Se levanta y va a la cabina de la derecha.*)

FERNANDO.—¿Qué vas a hacer?...

ANTONIO.—¡Ya lo verás!... (*Desaparece en la cabina. Marca un número. Por la ventanilla de la misma se ve su cara y se oye lo siguiente*:) ¡Oiga, conserje!... ¿Quiere llamar al aparato a la señorita Fanny, que debe estar en el hall?...

FERNANDO.—¡Este hombre se ha vuelto loco!... (*Suena el timbre número dos. El Botones entra en la cabina.*)

BOTONES.—¿Quién es?... Aquí el Mundial Palace...

ANTONIO.—(*Desde la cabina.*) ¿Está la señorita Fanny?

BOTONES. *Sí*... ¿De parte de quién?...

ANTONIO.—Haga el favor de decirla que se ponga al aparato.

BOTONES.—Un momento... (*Sale. A Fanny.*) Señorita Fanny, la llaman al teléfono...

FANNY.—¡Por fin!... (*Desaparece en la cabina número dos. Fernando se sienta en la butaca de Fanny y coge el periódico que aquella leía.*)

FANNY.—¿Quién es?

ANTONIO.—Soy yo...

FANNY.—Ya podias ser más puntual... Me tienes aquí desde hace media hora. ¿Has estado ocupado?... ¿Asuntos urgentes?...

ANTONIO.—Urgentísimos.

FANNY.—Oye... Qué voz más rara tienes hoy... Parece como si estuvieses emocionado...

ANTONIO—¡No lo sabes tú bien!...

FANNY.—¿Por ese dichoso asunto de siempre?...

ANTONIO.—¡El de siempre no. Pero un dichoso asunto, sí!...

FANNY.—¿Por qué no vienes?...

ANTONIO.—Ahora mismo voy..., mejor dicho..., ahora vuelvo a tu lado..., ¡mujercita única!... ¡mi vida!...

FANNY.—¿Qué dices?...

ANTONIO.—Digo que es tal la pasión que me inspiras que tengo miedo de que al calor de ella se funda el hilo de la telefónica que nos une...

FANNY.—Pero, ¿qué voz es esa?... ¿Quién habla ahi?...

ANTONIO.—¡Yo... siempre yo!...

FANNY.—¿Y quién es usted?

ANTONIO.—Un hombre que te buscaba desde que nació y que hasta hoy no ha tenido la suerte de encontrarte...

FANNY.—¿Que me buscabas?... ¿A mí?... ¿Pero usted sabe quién soy yo?...

ANTONIO.—Sí... Tú eres la mujer ideal... La que hemos entrevisto un segundo a través de los cristales de un Rolls que desaparece... La que se presenta en un proscenio estupenda, magnífica, envuelta en pieles de armiño, mientras los violines de la orquesta lloran una melodía de ensueño. (*Tararea un aire conocido, pero mal tarareado.*)

FANNY.—No es seguro que yo sea esa mujer que usted dice. Lo que sí es seguro es que tiene usted un oído como un cerrojo.

ANTONIO.—(*Sin hacer caso.*) ¿Y qué?... Tú eres la mujer que se asoma a la ventanilla del sudexprés cuando arranca de la estación... La que se juega y pierde los miles de francos en las mesas del casino de Biarritz sin que tiemble una pestaña de esos ojos únicos... Haz el favor, no cuelgues... Déjame acabar... Escucha esto que tengo que decirte... Tú eres la mujer soñada...

FANNY.—¿Quiere usted dejarme en paz?...

ANTONIO.—No. No quiero... Quiero que sepas que tú eres la voz que oía siempre, la luz que me deslumbra sin saber de dónde viene, el perfume que me enloquecía... Tú eres la única mujer posible para mí... la mujer que voy a querer con toda el alma... un alma que no ha cumplido aún los veinticinco años.

FANNY.—(*Colgando.*) ¡Ea!... Se acabó... (*Sale de la cabina.*) Los he visto frescos pero como este... (*Antonio sale al mismo tiempo de la otra cabina. Fanny al verle comprende todo.*) Joven, no sé qué admirar más en usted..., si su desfachatez o su cursilería.

ANTONIO.—(*Una reverencia.*) Señorita... ¡Elija usted!...

FANNY.—(*Le mira de arriba abajo con desprecio. Después al Botones.*) Si pregunta alguien por mí, que estoy en el grillroom. (*Sale digna y majestuosa.*)

FERNANDO.—Y ahora... ¿qué?...

ANTONIO.—Ahora, me voy al grill...

FERNANDO—¡Ah! no te basta con el sofión que acaba de darte!... ¿Necesitas más?...

ANTONIO.—Necesito más...

FERNANDO.—¿No has visto que estaba furiosa?...

ANTONIO.—Prefiero la furia a la indiferencia...

FERNANDO.—¿Pero no comprendes que nos esperan en casa de Villacantos? ¿Qué de la comida de esta noche puede salir tu porvenir?...

ANTONIO.—¿Mi porvenir?... Si no es con esa mujer... ¿Para qué quiero yo un porvenir?

FERNANDO.—¿Qué dinero tienes en el bolsillo?

ANTONIO.—Cinco duros...

FERNANDO.—¿Y tú crees que con cinco duros?...

ANTONIO.—Con cinco duros y un poco de entusiasmo se pueden hacer muchas cosas...

FERNANDO.—¡Que te crees tú eso!...

ANTONIO.—Con cinco duros se pueden comprar a una mujer bonita una docena de rosas que quiten la cabeza... Con cinco duros puedes regalarla unas medias de seda natural de esas que puestas... dan vértigos. Con cinco duros puedes pasearte con ella en un taxis con un mecánico discreto y comprensivo durante dos horas... Con cinco duros tienes para un palco de un cine hospitalario y aun te sobra para quedar bien con unos chocolates... Tú no sabes lo que son cinco duros!

FERNANDO.—El que no lo sabe eres tú...

ANTONIO.—Cinco duros son... juventud, amor, felicidad, juerga, aventuras, alegría... ¿Te parece poco?...

FERNANDO.—Oye, se me está ocurriendo un simil. ¿No te importa que te lo diga?...

ANTONIO.—De seguro será una idiotez... Pero lárgalo; para el caso que le voy a hacer.

FERNANDO.—Pues mira... cinco duros serán eso que tú dices... pero meterse en un hotel como éste, detrás de una mujer como ésa, con sólo cinco duros en el bolsillo, es como internarse en una selva virgen con una carabina de aire comprimido... (*Antonio va a contestar; pero se calla porque aparece bajando la escalera el PADRE BENITO, un usurero, el tipo del prestamista nato. Representa los sesenta cumplidos y su indumentaria es poco lucida.*)

BENITO.—(*Al ver a Antonio y a Fernando.*) ¡Hombre!... ¡Ustedes por aquí!... Cómo me alegro de verlos. (*A Antonio.*) ¡Hola pollito!... ¿Conque a Extremadura a heredar a una tía que está grave?... ¿Conque a tomar posesión de unas tierras que se pierden de vista?...

ANTONIO.—Le diré a usted, don Benito...

BENITO.—Usted lo que tiene que decirme es dónde puedo cobrar las trescientas pesetas... Estamos a ocho y me dijo usted que pagaría el primero.

ANTONIO—Esas son cosas que se dicen...

BENITO.—Y que se hacen... Porque si no, le doy a usted mi palabra de caballero...

ANTONIO.—¡Bah!... Entonces no hay cuidado...

Benito.—Pues si prefiere usted mi palabra de hombre de ne-ocios...

Antonio.—¡Eso ya es más serio!...

Benito.—Que si para el día quince no ha pagado usted... to-naré mis medidas...

Antonio.—(*A Fernando.*) Tenías razón... Es un disparate in-ernarse en una selva virgen con una carabina de aire compri-nido.

Benito.—¿Y eso qué quiere decir?...

Antonio.—Eso quiere decir que si viene usted diez minutos ntes, ve usted una mujer como no la ha visto en su vida.

Benito.—¡Tengo sesenta y cinco años, pollo! ¿No le parece me-or que hablemos de mi dinero?...

Antonio.—¡Ah!... ¿Pero usted lo que quiere es su dinero?...

Benito.—Naturalmente...

Antonio.—Pues no es por descorazonarle, pero si tiene usted sa aspiración, desista de ella; no solamente no puedo pagarle, ino que necesito con urgencia otras trescientas pesetas...

Benito.—¿No se ofenderá usted si me río?...

Antonio.—Si me las presta, no...

Benito.—¿Y si no se las presto?...

Antonio.—Sí.

Benito.—Pues empiece usted a ofenderse... porque ya com-renderá...

Antonio.—Piense usted don Benito en que algún día heredaré, ue lo de mi tía de Badajoz es verdad...

Benito.—¿Cuántos años tiene?...

Antonio.—Cuarenta...

Benito.—¡Una chiquilla!...

Antonio.—Pero los lleva muy mal... Además, sufre del cora-:ón... y del hígado...

Benito.—No basta...

Antonio.—Su aspecto es de cancerosa...

Benito.—¡No basta!...

Antonio.—Mire usted que si me da hoy las trescientas pesetas e firmo mil...

Benito.—Eso ya es más razonable... Pero no puede ser...

Antonio.—Dos mil...

Benito.—De ninguna manera... No hay garantías...

Antonio.—Don Benito, por lo que más quiera...

Benito.—Lo que más quiero son esas trescientas pesetas.

Antonio—Mire usted que hay una mujer por medio...

Benito.—Peor...

Antonio.—¿Pero usted no ha sido nunca joven?

BENITO.—(*Mirándole de arriba abajo.*) Tan joven como usted ¡nunca!...

ANTONIO.—Entonces, ¿no me da usted esas pesetas?...

BENITO.—No. Pero voy a darle a usted un consejo...

ANTONIO.—¡Gracias!... No es lo mismo. Guárdesele...

BENITO.—Lo más que puedo hacer en su obsequio...

ANTONIO—¿Qué?... ¿Qué?...

BENITO.—Esperar hasta el veinte en vez del quince.

ANTONIO.—Eso desde luego... Pero si yo le firmara a usted una escritura...

BENITO.—Es inútil, pollo, es inútil. (*Va a salir. Antonio le sigue sin perder las esperanzas.*) Los negocios son una cosa muy seria... (*Van saliendo.*) Mi padre, que era todo un caballero... (*Han salido.*)

FERNANDO.—(*Que se queda solo y se sienta en una butaca.*) Lo de que los negocios sean una cosa seria, pase... Lo de que su padre fuera un caballero...

(*Suena el teléfono en la cabina número uno.*)

BOTONES.—(*Entrando en la cabina y descolgando.*) ¿Quién?... ¿La señorita Fanny?... Va enseguida... (*Sale y va hacia el grill-room. A los pocos momentos viene precedido de FANNY.*)

FANNY.—¿Qué me llaman al aparato?... (*Ve a Fernando y al no ver a Antonio se escama.*) ¡De ninguna manera!... La segunda vez no me pescan... ¿Era voz de hombre o de mujer?...

BOTONES.—De hombre...

FANNY.—Entonces cuelga... Sin decir una palabra...

BOTONES.—Como la señorita mande... (*Entra en la cabina, cuelga y vuelve a su puesto. Entra ANTONIO. Fanny al verle quiere marcharse otra vez al grill-room.*)

ANTONIO.—(*Adelantándose y poniéndose en su camino.*) Señorita, ¿sería usted tan amable que dejara caer algo..., el pañuelo..., un guante..., cualquier cosa..., para que yo tuviera el pretexto de recogerlo y hablar con usted?...

FANNY.—¿Para qué?... Le he dejado caer a usted y todavía no se ha recogido... Y eso que a estas horas los niños deben estar acostados...

ANTONIO.—Hágamelo usted bueno...

FANNY.—¡Impertinente!... (*Le lanza una mirada de desprecio y sale.*)

FERNANDO.—¿Y ahora?...

ANTONIO.—Ahora empieza lo bueno...

FERNANDO.—¿En qué lo has notado?...

ANTONIO.—¿No comprendes que en el fondo le hago gracia?

FERNANDO—Tal vez... ¿Te ha dado dinero don Benito?...

ANTONIO.—¡Qué va a dar!...

FERNANDO.—¡Entonces!...

ANTONIO.—No sé... Dios dirá... Pero yo no me muevo de aquí hasta que hable con ella...

FERNANDO.—¿Y yo?...

ANTONIO.—Tú haces lo que te parezca.

(*Entra JULIA. Una muchacha de unos veinticinco años. Vestida con sencillez, pero muy mona. Encantadora.*)

JULIA.—(*Al Botones.*) Niño, ¿has visto a la señorita Fanny?

BOTONES.—Está en el grill... ¿A quién le anuncio?...

JULIA—Dile que está aquí Julia.

BOTONES.—¿Nada más?...

JULIA.—Nada más

FERNANDO.—Oye, ¿sabes que esta joven no es ninguna tontería?...

ANTONIO.—¿Te gusta?...

FERNANDO.—¿Y a quién no?

ANTONIO.—Pues duro con ella...

FERNANDO.—¿Será amiga de la otra?...

ANTONIO.—Es probable...

FERNANDO.—Oye, mira que si...

ANTONIO.—¡Ah!... ¿Ya te vas animando?...

FERNANDO.—(*Que se tima con Julia.*) Te diré... Se me da mejor a mí esta que a ti la otra...

ANTONIO.—¡Pues es verdad!... Oye tú, ladrón, si llegas antes me proteges...

FERNANDO.—Veremos. Tienes que merecerlo. (*Entra Fanny seguida del Botones.*)

FANNY.—(*Sorprendida al ver a Julia.*) Julia, ¿tú aquí?... ¿Qué ocurre en casa?

JULIA.—Que la señorita se ha dejado olvidada la barrita del rouge para los labios...

FANNY.—¡Tienes razón, qué distraída!...

FERNANDO.—(*Desencantado.*) ¡Su doncella!...

ANTONIO.—¿Y qué?... ¿Ya no te gusta?...

FERNANDO.—Sí. Pero no es lo mismo.

ANTONIO.—¿Por qué?

FERNANDO—Porque yo he detestado siempre el servicio doméstico. No es mi género... Si acaso alguna institutriz... Pero de ahí no paso...

ANTONIO.—Pues esta noche vas a pasar.

FERNANDO.—¿Por qué?...

ANTONIO.—Porque yo te lo mando. Necesito que conquistes a

la doncella para que yo pueda acercarme a la señorita. ¿Comprendes?...

FERNANDO.—(*Con aire resignado.*) ¡Qué le vamos a hacer! Me veo en el office!... (*Fanny se ha sentado en la butaca y con el espejo y la barrita se arregla la cara mientras charla con Julia, que está en pie a su lado.*)

FANNY.—¿Qué tal está Bermúdez?...

JULIA.—Mucho mejor.

FANNY.—¿Ha comido bien?...

JULIA.—Muy bien... Un poco de pollo, arroz y fruta... Luego le he traído a su novia...

FANNY.—¡Pobrecillo!... ¿Y qué?...

JULIA.—¡Encantado!...

ANTONIO.—¿Quién será ese señor que tienen que traerle la novia?...

JULIA.—Y ahora le he dejado acostado en la cama de la señorita...

ANTONIO.—Ya sé quién es Bermúdez. ¡Un hombre con suerte!..

FANNY.—Ya no cojea, ¿verdad?

JULIA.—Ya no, pero todavía se resiente de la cola. Si yo pescara al bárbaro que lo atropelló.

FERNANDO.—Tranquilízate. Bermúdez es un perro...

ANTONIO.—Menos mal... Pero tú ocúpate de la doncella, que la tienes muy descuidada...

FANNY.—(*A Julia.*) Oye, observa con disimulo qué hacen esos dos pollos que están ahí...

JULIA.—Uno de ellos mira a la señorita con aire muy triste... y el otro me parece que me mira a mí...

FANNY.—(*Que ha mirado con disimulo.*) ¿Y a ti te gusta?

JULIA.—Regular...

FANNY.—Si lo prefieres te cedo al melancólico...

JULIA.—No, señorita. Muchas gracias, porque no sé si sabrá la señorita que esta semana estoy comprometida.

ANTONIO.—Están hablando de nosotros...

FERNANDO.—Desde luego. ¿Y ahora qué se hace?

ANTONIO.—En cuanto se marche la doncella, tú sales detrás.

FERNANDO.—¿Y luego?...

ANTONIO.—Te acercas a ella..., la preguntas: ¿Va usted muy lejos?... Y si no te contesta buena señal...

FERNANDO.—¿Tú crees?...

ANTONIO.—Desde luego. Insistes: ¿Vive usted cerca? Probablemente tampoco contestará...

FERNANDO.—¡Pues sí que me voy a divertir!...

ANTONIO.—Eso no importa. Tú firme. A la tercera bocacalle ya sois dos buenos amigos...

FANNY.—Oye, Julia. ¿Cuál de los dos te parece mejor?

JULIA.—No hay más que uno posible...

FANNY.—Pero si vieras qué fresco es...

JULIA.—Hace bien, señorita. Es el papel del hombre. Desgraciadamente van quedendo ya tan pocos así. (*Suspira.*)

FANNY.—¿Sigue mirando?...

JULIA.—¡Y cómo!...

FANNY.—Tienes razón. Siento que sus ojos se clavan en mi espalda como un puñal. (*Se sube la piel que se la había caído y se tapa el escote.*)

ANTONIO.—¿Te enteras?... La he mirado y ha tenido que ponerse el abrigo.

FERNANDO.—Tienes una mirada que escalofría.

FANNY.—¿No han dado ningún recado para mí en casa?

JULIA.—Ninguno, señorita... ¿Desea algo más la señorita?...

FANNY.—No. Nada. Puedes retirarte.

JULIA.—Entonces... hasta luego, señorita... (*Ademán de salir.*)

ANTONIO.—Anda, prepárate que se va...

FANNY.—Y si Bermúdez vuelve a tener dolores, llama al veterinario...

JULIA.—Desde luego, señorita. La señorita puede estar tranquila, que no me separaré de Bermúdez. (*Sale.*)

FERNANDO.—(*A Antonio.*) De modo que: ¿Va usted muy lejos? ¿Vive usted cerca?... y a la tercera bocacalle...

ANTONIO.—(*Distraído mirando a Fanny.*) Eso es...

FERNANDO.—Luego vendré a contarte... (*Sale.*)

(*Fanny coge la revista y lee. Antonio espera unos segundos. Luego lentamente se acerca a ella por detrás y dice:*)

ANTONIO.—Un millón de gracias, Fanny...

FANNY.—(*Volviéndose sorprendida.*) ¿Gracias?... ¿Por qué?...

ANTONIO.—Porque tiene usted el periódico al revés, y esa es ya buena señal.

FANNY.—Tengo el periódico como me da la gana. (*Lo tira furiosa sobre la mesa.*)

ANTONIO.—No se enfade usted. Eso le puede ocurrir a cualquiera...

FANNY.—Haga usted el favor de dejarme en paz. Estoy esperando a un amigo...

ANTONIO.—Ya ha venido...

FANNY.—¿Qué dice usted?

ANTONIO.—Que ya tiene usted aquí al amigo que esperaba...

Y le pido que me perdone por haber llegado con unos cuantos años de retraso...

FANNY.—Por mí, podría haber esperado otra docena de años...

ANTONIO.—¿Para qué?... Le aseguro que soy todo un hombrecito. Lo que siento es no haber podido venir antes. Pero he estado muy ocupado. He tenido que crecer, estudiar, tener alguna novia platónica, ensayar la pasión con un par de amiguitas, reír bastante,, llorar un poco, aprender a despreciar el dinero y alguna otra cosilla más, pero aquí me tiene usted dispuesto a cumplir los veintisiete años para ponerlos a sus pies y que haga usted de ellos lo que quiera...

FANNY.—Haga usted el favor de dejarme. Tengo que telefonear.

ANTONIO.—¿A quién?... Créame, no desperdicie usted esta ocasión...

FANNY.—Como gangas, las hay mejores...

ANTONIO.—Le aseguro que no.

FANNY.—Bueno. ¿Me deja usted en paz, sí o no?

ANTONIO.—No.

FANNY.—Que llamo al conserje...

ANTONIO.—¿No le dará a usted vergüenza?... Dos contra uno...

FANNY.—¿Entonces no hay manera de librarme de usted?

ANTONIO.—Por lo menos en un par de años, no. Luego ya veremos...

FANNY.—¿Y hasta entonces no me deja telefonear?

ANTONIO.—No. Yo no puedo consentir que hable usted por teléfono con desconocidos...

FANNY.—Eso es el colmo de la frescura...

ANTONIO.—Tal vez. Pero es una frescura simpática... ¡Niéguelo!... Y vamos a cambiar de conversación porque no quiero que sufra mi modestia... ¿Sabe usted lo que estoy pensando?

FANNY.—¡Ni ganas!

ANTONIO.—Que parece mentira que sean las diez de la noche de un mes de diciembre en un hotel de Madrid...

FANNY.—¿Por qué?

ANTONIO.—Porque siento dentro de mí una felicidad tal, que corresponde a las once de la mañana en un mes de mayo en el Parque de María Luisa en Sevilla...

FANNY.—Pues por mí, siga en Sevilla, pero déjeme...

ANTONIO.—¡Eso, nunca!...

FANNY.—¡Por última vez!...

ANTONIO.—Lo dicho, está dicho...

FANNY.—¡Que se me acaba la paciencia!...

ANTONIO.—¿Mañana está usted libre?...

FANNY.—Ni mañana ni nunca...
ANTONIO.—A las doce y media en Sakuska...
FANNY.—¡Largo de aquí!
ANTONIO.—Entonces, en Bakanik...
FANNY.—¡Jamás!...
ANTONIO.—¿Prefiere usted un sitio más reservado?... La Villa de Versalles... quizá...
FANNY.—¿Pero está usted loco?
ANTONIO.—¡Por usted!
FANNY.—¡Que llamo al conserje!...
ANTONIO.—Llámelo...
FANNY.—¡A mi mecánico!...
ANTONIO.—Llámelo...
FANNY.—¡A la policía!...
ANTONIO.—Llámela...
FANNY.—¿Qué es lo que hay que hacer para librarme de usted?
ANTONIO.—Nada...
FANNY.—Entonces... por lo menos, preséntese usted...
ANTONIO.—Con mucho gusto... Antonio Viana, veintiséis años, huérfano, soltero... no mal parecido... ¿Y usted?...
FANNY.—Fanny García, veintiséis años, descendiente de Job por línea materna...
ANTONIO.—Yo que usted no presumiría de un pariente que se pasó una temporada en un muladar.
FANNY.—Bueno, pues no presumiré más de él, pero me hará usted el favor de dejarme.
ANTONIO.—¿Qué disparate?... ¿Ahora que estamos presentados?... ¿Ahora que somos antiguos amigos?... ¡De ninguna manera!...
FANNY.—¿Pero qué es lo que pretende usted?...
ANTONIO.—Hacer de usted una mujer feliz...
FANNY.—¿Y quién le ha dicho a usted que no lo soy?
ANTONIO.—Una mujer que telefonea con tanta frecuencia, no es feliz. Yo no tengo más que un deseo... Verla reír... ¿Quiere usted que la cuente un cuento verde?... Verá usted... Una vez...
FANNY.—Nada de cuentos verdes... ¿De veras que desea usted verme reír?... Pues entonces sea usted bueno. Béseme la mano (*Se la da.*) y váyase... En cambio le prometo que nos volveremos a ver...
ANTONIO.—¿Cuándo y cómo?...
FANNY.—Quizá antes de lo que usted se imagina... Y ahora, ¡por fin! Déjeme telefonear. (*Antes de que él pueda impedirlo se mete en la cabina número uno. Una pausa. Suena el timbre de la cabina número dos. El Botones va a ella. Entra FERNANDO.*)

ANTONIO.—¿Qué?...

FERNANDO.—¡En efecto!... "Va usted muy lejos"... "Vive usted cerca" y antes de la tercera bocacalle, me ha dado una bofetada que si no es porque tengo la dentadura sana a estas horas tengo un colmillo en la Cibeles y otro en Neptuno...

ANTONIO.—¡Claro!...

FERNANDO.—¿Cómo que claro?...

ANTONIO.—¡Naturalmente, hombre, esas cosas no se hacen así!...

FERNANDO.—¡Haberlo dicho antes!...

(*Sale el Botones y va a Antonio.*)

BOTONES.—¿Es usted D. Antonio Viana?...

ANTONIO.—El propio aludido.

BOTONES.—Le llaman a usted al aparato...

ANTONIO.—¿A mí?... (*Va a la cabina.*) ¿Quién es?...

FANNY.—(*Desde su cabina.*) Yo...

ANTONIO.—¿Usted? ¿Y qué es lo que quiere?

FANNY.—¿Está usted libre esta noche?

ANTONIO.—¡Como el aire!

FANNY.—¿Quiere usted que comamos juntos?...

ANTONIO.—¿Que si quiero?... Eso no se pregunta... (*Cuelga el teléfono y sale enloquecido de la cabina al mismo tiempo que Fanny sale de la suya.*) ¿Pero es posible, Fanny?...

FANNY.—Ya lo ve usted...

ANTONIO.—¿No se ríe usted de mí?

FANNY.—¡Dios me libre!...

ANTONIO.—¡Entonces!...

FANNY.—Entonces, pida usted un reservado. Vaya usted allí y encargue la comida... Un menú selecto... Me fío de usted... Dentro de diez minutos estoy allí...

ANTONIO.—(*Besándola la mano.*) ¡Fanny, mi vida!... ¿Me dejas que te tutee?...

FANNY.—Yo creo que yendo a comer juntos... está justificado. Anda, sé bueno... ¡Hasta ahora!

ANTONIO.—Hasta ahora... (*Sale Fanny.*) ¡Fernando, Fernando!...

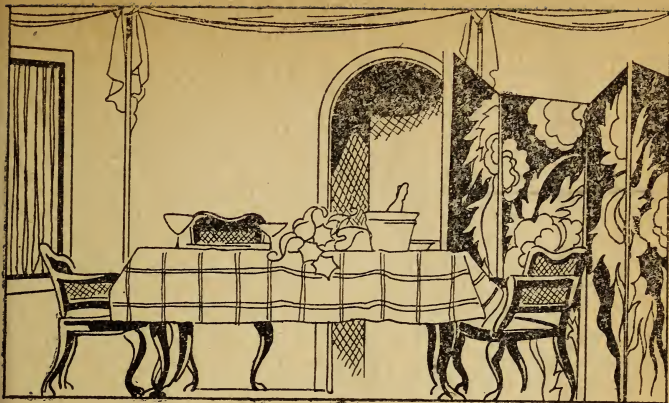
FERNANDO.—¿Qué te pasa?

ANTONIO.—¡Casi nada!... Pasa que esta noche como en un reservado del Mundial Palace con la mujer más bonita del mundo... ¿Comprendes? Pasa... que soy el hombre más feliz de la tierra. Pasa... que no me cambio por Valdecilla ni por Rockefeller, ni por Vanderbil... porque esa mujer me quiere... Pasa que tengo veintiséis años (*Saca el billete.*) ¡y cinco duros en el bolsillo!...

TELON

ACTO SEGUNDO


MERLO



Un salón reservado en el Mundial Palace. Una mesa en medio, puesta para dos personas. Puerta al fondo izquierda. Al fondo, en el centro, un diván. A derecha e izquierda, butacas. Una mesa accesoria para servir.

(Al levantarse el telón, en escena, ANTONIO de smóking y FERNANDO con el abrigo puesto y el sombrero en la mano.)

ANTONIO.—Tú no sabes lo feliz que soy, Fernandete... Pensar que dentro de cinco minutos la voy a tener aquí...

FERNANDO.—¿Y no te amarga la noche el pensar en que sólo dispones para todo esto de cinco duros?...

ANTONIO.—No. ¡Si hubiera de pagar antes, quizá!... Pero fíjate si estará bien organizada la vida, que la costumbre es que el amor y la comida se paguen después...

FERNANDO.—Sí, pero ese después suele ser muy amargo...

ANTONIO.—¡Mientras llegue!... Además el destino hasta ahora no me ha mimado nada... Espero que se habrá arrepentido de su injusticia... y puesto que me ha proporcionado esta aventura, en realidad la primera de mi vida...

FERNANDO.—¿La primera?

ANTONIO.—De abrigo de pieles, ropa interior de batista, primera doncella y perro de lujo, sí. Las demás no cuentan...

FERNANDO.—¿Por qué?

ANTONIO.—¡Porque no!... ¡Porque el amor está reñido con la miseria!... ¡Porque el amor necesita lujo..., atmósfera tibia..., pecheras brillantes, escotes mates, muebles confortables, buenos vinos, comida exquisita!...

FERNANDO. — ¡Tú lo has dicho!... Y todo eso con cinco duros...

ANTONIO.—¿Quieres dejarme en paz?... ¡Mira que tienes empeño en amargarme la vida!

FERNANDO.—Te digo la verdad...

ANTONIO.—Para mí no hay más verdad que ésta. Estoy esperando a una mujer divina... Y esperar es la suprema voluptuosidad...

FERNANDO.—(*Que ha cogido de encima de la mesa la carta con los precios.*) Esperar es la suprema voluptuosidad... (*Leyendo.*) Mantequilla, dos pesetas... Ostras, diez y seis pesetas docena... Caviar, veinticuatro pesetas. El plato más barato, siete veinticinco...

(*Entra el MAITRE DE HOTEL. Ligero acento extranjero, que lo mismo puede ser francés que italiano. Se coloca entre Antonio y Fernando con el listín en una mano y el lápiz en la otra.*)

MAITRE.—¿Los señores son?

ANTONIO.—Dos cubiertos. Una señora y yo... (*Con cierto desprecio.*) El señor no come aquí...

MAITRE.—¿Me permite el señor?... Para empezar, ostras, no?

ANTONIO.—¡Por supuesto!... Ostras...

MAITRE.—(*Escribiendo.*) Dos docenas de marennes...

FERNANDO—(*Bajo a Antonio.*) Treinta y dos pesetas...

MAITRE.—¿Una sopa de tortuga, quizá?...

ANTONIO.—Sí, eso es. Sopa de tortuga.

FERNANDO—(*Que tiene la lista en la mano.*) Ocho pesetas.

MAITRE.—(*Apuntando*) Sopa tortuga... Después...

ANTONIO.—Después...

MAITRE.—Después estaría muy bien un homard thermidor...

ANTONIO.—Perfectamente, un homard thermidor.

MAITRE.—Pondremos dos... Son pequeños. (*Apunta.*)

FERNANDO.—Veintiséis pesetas...

MAITRE.—¿Como entrada?...

FERNANDO.—¡Ah!... ¿Pero es que aun estamos fuera?...

MAITRE.—¿Como dice el señor?...

ANTONIO.—Nada... ¿Como entrada?...

MAITRE.—¿Le parece al señor un suprême de veau a la Malakof?...

ANTONIO.—Perfectamente.

FERNANDO.—(*Que lo busca inútilmente.*) No está en la lista...

MAITRE.—(*Muy confidencial.*) Es un plato exquisito. La especialidad de nuestro chef. No lo ponemos en la carta porque es algo caro... Sólo para gourments... como el señor... Después, como volaille..., unas perdices Marengo... ¿no es eso?...

ANTONIO.—Eso es...

FERNANDO.—Cuarenta pesetas...

MAITRE.—Champignon a la crème...

FERNANDO.—Catorce...

MAITRE.—Ensalada variada... ¿Y como postre?...

ANTONIO.—¿Como postre?

MAITRE.—¿Un soufle aux marrons?...

ANTONIO.—Muy bien.

FERNANDO.—Diez y seis pesetas...

MAITRE.—Fruta escogida... Quesos... Perfectamente...

FERNANDO.—Total, sin el Malakof ése, lo menos son unas doscientas pesetas.

MAITRE.—¿Y en cuanto a vinos?...

ANTONIO.—Pues, vinos...

MAITRE.—Para empezar, un chablis..., luego un borgoña que tenemos exquisito... y, por supuesto, desde el asado sólo champagne...

ANTONIO.—¡Por supuesto!

MAITRE.—Le recomiendo el Pol Roederer seco... Es un poco más caro, pero es excelente... ¿Nada más?...

ANTONIO.—Que yo sepa, no...

MAITRE.—El señor puede fiarse de mí... El señor quedará contento... (*Una reverencia y sale.*)

FERNANDO.—Y ni una mala ventana... para caso de apuro.

ANTONIO.—¡Bah!... ¡Dios proveerá!...

FERNANDO.—¿Dios?

ANTONIO.—Y un poco... tú... Porque me vas a hacer el favor de ir a procurarte dinero...

FERNANDO.—¿Yo?... ¿Adónde?...

ANTONIO.—Donde sea...

FERNANDO.—Eso es. Mientras tú comes, yo dando sablazos...

ANTONIO.—Para algo han de servir los amigos...

FERNANDO.—Para algo, sí; pero para eso, no...

ANTONIO.—Pues entonces hay otra cosa...

FERNANDO.—¿Qué?...

ANTONIO.—Vete a avisar a la Policía para que venga de doce a una a levantar mi cadáver...

FERNANDO.—¡Qué tontería!...

ANTONIO.—¿Y qué quieres que haga?... Yo no renuncio a esta noche por nada del mundo. Si me encuentras dinero y puedo quedar bien, mejor; si no... (*Hace ademán de pegarse un tiro con una browning pequeña que saca del bolsillo.*)

FERNANDO.—No digas eso ni en broma...

ANTONIO.—De ti depende...

FERNANDO.—¿Pero esto es un chantage?...

ANTONIO.—Llámalo como quieras... Pero es así...

FERNANDO.—¿Y qué hago yo?...

ANTONIO.—Lo que se te ocurra. Tienes carta blanca. Puedes vender todo lo que es mío o pueda serlo algún día... Busca..., inventa..., muévete... Para algo son los amigos...

FERNANDO.—¡Y dale!...

ANTONIO.—Son las nueve y media. Tienes de plazo hasta la una.

(*Entra la FLORISTA con una cesta de flores.*)

FLORISTA.—(*A Fernando.*) ¿Un clavelito?...

FERNANDO.—Eso al señor... Yo aquí no pinto nada.

FLORISTA.—(*A Antonio.*) ¿Un clavel?...

ANTONIO.—Un clavel... (*Se lo pone la Florista.*)

FLORISTA.—¿Adorno la mesa?...

ANTONIO.—(*Gran señor.*) Naturalmente...

FLORISTA.—¿El señorito come con una señora? (*Mundana.*)

ANTONIO.—Desde luego. Si fuera con un caballero no pondría usted flores ahí!...

FLORISTA.—El señorito no me ha entendido... Pregunto señora o coscotre...

ANTONIO.—Pongamos señora...

FLORISTA.—Es que no es lo mismo...

ANTONIO.—¿Por qué?...

FLORISTA.—Las señoras requieren otro adorno más refinado. (*Va colocando rosas sobre la mesa y algún clavel.*) ¿Le parece bien al señorito?...

ANTONIO.—Perfectamente...

FLORISTA.—Son sesenta pesetas...

FERNANDO.—(*Admirado.*) ¡Hola!...

FLORISTA.—Y eso porque el señorito es joven y tiene cara simpática...

ANTONIO.—Gracias, amable proveedora...

FLORISTA.—Si fuera para algún viejo sería el doble...

ANTONIO.—Vaya, menos mal... Diga usted al maitre que le é sesenta pesetas y lo ponga a la cuenta. No llevo suelto.

FLORISTA.—Perfectamente. Hasta luego, señorito, y muchas racias... (*Al pasar mira a Fernando con cierto desprecio.*)

FERNANDO.—¡Y a mí que me zurzan!...

ANTONIO.—No te quejes... Los hay más dignos de lástima ue tú...

FERNANDO.—¿Quién?

ANTONIO.—El maitre, por ejemplo...

FERNANDO.—Tienes razón... ¡Te has vuelto loco!... ¿Tú quies ir a la cárcel?...

ANTONIO.—Nunca... Ya te lo he dicho... Quedo como un seor así... (*Ademán de pagar*), o así... (*Ademán de dispararse n la sien.*)

FERNANDO.—Y para lo de así... (*Ademán de pagar.*)

ANTONIO.—Tienes que no perder ni un minuto. Toma un axi...

FERNANDO.—(*En guasa.*) Ahora mismo...

ANTONIO.—Y te vas a ver...

FERNANDO.—¿A quién prefieres?... ¿Romanones o Urquijo?

ANTONIO.—Me es igual... Quizá sea mejor don Benito...

FERNANDO.—Agotado.

ANTONIO.—¡Pues al nuncio!...

FERNANDO.—No se dedica a eso...

ANTONIO.—(*Llama al timbre.*) Pues a quien te dé la gana... en último caso, al Juzgado de guardia... (*Entra el MAITRE. l Maitre.*) Un taxi para mi secretario.

MAITRE.—Ahora mismo, señor. (*Con más respeto que antes.*)

FERNANDO.—Menos mal que ya tengo un porvenir... ¡Tu secretario!... ¿Puedo retirarme?

ANTONIO.—(*En situación.*) Desde luego, pero no tardes... (*Sale Fernando.*)

VOZ DEL MAITRE.—Por aquí, señorita... En el comedor azul...

VOZ DE FANNY.—¡Ah!... En el comedor azul. (*Entra.*) Buenas oches... (*Busca el nombre.*) ¿Quieres creer que ya se me ha lvidado cómo te llamas?

ANTONIO.—¿Tan pronto?

FANNY.—¡Tan pronto!... La memoria no es nuestro fuerte...

ANTONIO.—Me llamo Antonio...

FANNY.—Antonio... Buenas noches... ¡Aquí me tienes!...

ANTONIO.—¿Contenta?

FANNY.—Contenta. Me divierte la idea de dejarme invitar por n desconocido...

ANTONIO.—¡¡Desconocido!!

FANNY.—¡Y tanto!... ¿Qué sabemos el uno del otro? Que tú eres un hombre y yo una mujer...

ANTONIO.—¿Y te parece poco?... ¡Un hombre y una mujer! Casi nada... ¡Así empezó el mundo!...

FANNY.—Tal vez. Pero no sé si sabrás que llevo aquí un rato y ni siquiera me has besado la mano...

ANTONIO.—(*Queriendo besarla.*) Perdona... La misma emoción de verte aquí...

FANNY.—(*Retirándose.*) No... Si acaso... la mano... ¿Puedo sentarme?...

ANTONIO.—(*Ofreciéndola con precipitación una silla.*) ¡Fanny por Dios!...

FANNY.—(*Quitándose el abrigo.*) ¿No te importa dejar esto por ahí?...

ANTONIO.—¡Estoy de un torpe esta temporada!

FANNY.—(*Mirándose al espejo.*) Encuentro que este traje me sienta muy bien... que estoy de un guapo subido... que tengo un peinado delicioso... y que los ojos me brillan de una manera especial...

ANTONIO.—Todo eso te lo iba a decir ahora mismo.

FANNY.—Sí, pero como tardabas tanto, he tenido que decirlo yo, para que no sufriera mi amor propio.

ANTONIO.—¿Te burlas de mí?

FANNY.—No. No me burlo de ti. ¿Es esta tu primera aventura?

ANTONIO.—¡Por Dios!... ¿Qué te has creído?... ¡Es que me gustas tanto!...

FANNY.—¡Ah, vamos!... sí... Ya sé... Es la emoción... Me estabas esperando... Los minutos que parecen siglos... Una dicha tan grande que es casi un sueño... Una felicidad nunca sospechada!... ¿No es eso?

ANTONIO.—Eso...

FANNY.—Pero toda esa emoción... dentro de un rato se te habrá pasado...

ANTONIO.—Desde luego...

FANNY.—Y sabrás hablar y decir lo que piensas...

ANTONIO.—¡Quién lo duda!...

FANNY.—¡Eres muy simpático!...

ANTONIO.—¿De verdad, Fanny?

FANNY.—¡De verdad!... En estos tiempos en que los hombres son tan engreídos, tan fríos... encontrar uno como tú... vehemente, apasionado, es una novedad, más que agradable... ¿Cuántos años tienes?

ANTONIO.—¿Qué más da?...Tengo más de veinte y no he cumplido los cincuenta...

FANNY.—¿No puedes decirme la edad precisa?

ANTONIO.—Me lo ha prohibido el médico... ¿Y tú?

FANNY.—¿Yo qué?

ANTONIO.—¿Cuántos años tienes tú?

FANNY.—Tampoco te lo puedo decir...

ANTONIO.—¿También tu médico?...

FANNY.—No, es un voto. Adivina...

ANTONIO.—Veintitrés...

FANNY.—Exageras...

ANTONIO.—Veintiocho...

FANNY.—¡Te pasas!...

ANTONIO.—Veinticinco...

FANNY.—No...

ANTONIO.—¿Entonces?...

FANNY.—Vamos a no hablar más de cosas tristes... ¿Aquí no se bebe?

ANTONIO.—¡Lo que tú pidas!...

FANNY.—Cocktails.

ANTONIO.—Cocktails... (*Llama.*)

MAITRE.—¿Ha llamado el señor?

ANTONIO.—Sí. Traiga unos cocktails. (*A Fanny.*) ¿Secos?

FANNY.—Secos... y cigarrillos...

MAITRE.—Ahora mismo... (*Sale.*)

FANNY.—Sabe Dios lo que pensarás de mí... en este momento.

ANTONIO.—¿Yo, por qué?

FANNY.—Porque sí... Los hombres... y sobre todo los hombres ricos como tú... tenéis una opinión de las mujeres...

ANTONIO.—¡Qué tontería!... ¡Según!...

FANNY.—Sí... Pero a veces podéis equivocaros... No somos siempre lo que aparentamos... ni aparentamos siempre lo que somos...

ANTONIO.—Yo te aseguro...

FANNY.—No me asegures nada... Mentirías... (*Entra el TURCO con la bandeja de cigarrillos.*)

TURCO.—¿Egipcios?... ¿Turcos? ¿Ingleses?

FANNY.—Abdullahs con boquillas de rosa.

(*El Turco le da una caja.*)

TURCO.—¿El señor quiere?...

ANTONIO.—Sí... deme una... igual...

TURCO.—(*Se la da.*) Treinta pesetas...

ANTONIO.—Que le paguen y lo pongan en la cuenta...

TURCO.—(*Reverencia.*) Bien, señor... (*Sale.*)

MAITRE.—(*Entrando.*) Los cocktails... (*Sirve en dos copas.*) (*A Antonio confidencial.*) ¿El señor ha mandado pagar treinta pesetas de cigarrillos?...

ANTONIO.—Sí...

MAITRE.—¿Y sesenta de flores?

ANTONIO.—Sí.

MAITRE.—Como yo conozco a mis clientes, he dado treinta pesetas de propina a la florista y veinticinco al turco... ¿He hecho bien?

ANTONIO.—¿Cómo?... ¡Admirablemente!...

MAITRE.—Yo no me equivoco nunca... Ya sabía yo que el señor era un señor...

FANNY.—¿Qué te decía el maitre?

ANTONIO.—Nada. Detalles del servicio... (*La ofrece el cocktail.*) ¿Quieres?...

FANNY.—¡Ya lo creo!... (*Beben.*) ¡Estupendo! Esta noche no sé por qué, me siento optimista... ¿Tú no?...

ANTONIO.—¿Yo?... Figúrate!...

FANNY.—Está muy bueno... Dame otro... (*Antonio se lo sirve.*) ¿Tú no quieres más?

ANTONIO.—No... Yo, el alcohol, ¿sabes?...

FANNY.—Ya se conoce que eres millonario... Cómo te cuidas...

ANTONIO.—¡Qué quieres!... No hay más remedio...

(*Entra el Maitre seguido de dos mozos que traen las fuentes.*)

MAITRE.—La señora está servida.

FANNY.—Vamos allá... Tengo verdadero apetito... (*Se sientan. El Maitre les coloca a cada uno delante un plato de ostras.*)

MAITRE.—Marennes, salsa Limburg... (*Sale.*)

FANNY.—(*Comiendo.*) De modo que Antonio... ¿qué?...

ANTONIO.—¿Ya te has vuelto a olvidar?... Antonio Viana...

FANNY.—¿Y qué más?...

ANTONIO.—Y López...

FANNY.—Gracias. Siempre es tranquilizador saber con quien se está comiendo...

ANTONIO.—¿Verdad?...

FANNY.—¿Hay muchas mujeres en tu vida?

ANTONIO.—¡Qué disparate!...

FANNY.—¡Discreto!... Cualidad de hombre galante... Sin embargo, tú debes de gustar...

ANTONIO.—¿Por qué?...

FANNY.—Porque sí... Lo reunes todo. Simpatía, buena facha, dinero... Anda... Antonio. ¡Confiésate!...

NTONIO.—¿Ya?...
ANNY.—¿Por qué ya?...
NTONIO.—¿Qué quieres saber?...
ANNY.—Algo de tí... De tu vida... ¿No recuerdas algún r tuyo?...
NTONIO.—Desde luego...
ANNY.—¿Cuál?... Cuenta...
NTONIO.—Unos amores de mis tiempos de estudiante...
ANNY.—¿Hace mucho?...
NTONIO.—Bastante...
ANNY.—¿Cómo se llamaba?...
TONIO.—Aurora...
NNY.—¿Guapa?...
NTONIO.—Creo que sí...
NNY.—¿Por qué creo?...
TONIO.—Estando tú delante se pierde la noción...
NNY.—Eso está bien. Ya vas entrando en caja... ¿Ibas con a comer por ahí? ...
NTONIO.—Casi todas las noches...
NNY.—¿A qué sitios?...
NTONIO.—Figúrate... Generalmente a alguna taberna. Los de mucho lujo a los Burgaleses o a la Viña P... Pero lo ente era pedir un biftek con patatas para los dos, un bar-o y un poco de vino. Todo por dos cincuenta...
NNY.—¡Qué divertido!... ¡Qué barata es a veces la felici-...
TONIO.—¡Otras veces cuesta tan cara!...
NNY.—Tienes razón... Mira... Yo conozco uno de los hom- más ricos de Madrid que con todo su dinero no es capaz omprar esa felicidad que a un estudiante le sale por dos ienta... Pero a tí por lo visto tampoco te hace mucha ilu- el dinero...
TONIO.—¿Por qué dices eso?
NNY.—¿Por qué si no te acordarías de los tiempos de estu-e?...
TONIO.—Tienes razón... ¡Si vieras qué poca ilusión me el dinero!... Si en lugar de estar contigo aquí estuviéra- en una taberna, sería mucho más feliz!...
NNY.—Pero aquí tampoco estamos mal... Este cuarto re- muy amoroso...
TONIO.—Conformes... Resulta muy amoroso al entrar si ramos como íbamos a salir...
NNY.—Eso depende del champagne que bebamos...
TONIO.—(*Alarmado.*) ¿Te gusta mucho el champagne?...

FANNY.—Con delirio... Además el champagne hace olvid muchas cosas... y una mujer tiene siempre tanto que olvidar.

ANTONIO.—¿No eres feliz?

FANNY.—No lo he sido...

ANTONIO.—¿Soltera?

FANNY.—No.

ANTONIO.—¿Casada?

FANNY.—No.

ANTONIO.—¿Viuda?

FANNY.—No.

ANTONIO.—¿Divorciada?...

FANNY.—No.

ANTONIO.—¿Entonces, qué eres?

FANNY.—Una cosa nueva... ni soltera, ni casada, ni viuda divorciada... Anulada...

ANTONIO.—¡Ah! ¿Y no hay ningún hombre por medio?...

FANNY.—Por medio, no. Alrededor, sí...

ANTONIO.—Pero tú...

FANNY.—Yo libre como el aire... Te lo juro... Tengo much amigos... pero ningún amigo...

ANTONIO.—(*Encantado.*) ¿De veras?...

FANNY.—De veras...

MAITRE.—(*Entrando.*) El secretario del señor que trae un cado urgente...

ANTONIO.—Que pase... (*A Fanny.*)

FANNY.—Tienes también secretario... ¡Cielos!... Otro ho bre de negocios...

ANTONIO.—Tal vez. Pero no como los demás... Te asegu que soy un hombre de negocios especial... (*Entra FERNAN con el abrigo puesto. Sombrero en la mano. Hace una incli ción de cabeza a Fanny.*)

ANTONIO.—¿Me permites que te presente?... Mi secretar Fernando Piña... ¿Me disculpas un segundo?... Es un asu urgente...

FANNY.—¡Por Dios!... (*Se separan un poco.*)

ANTONIO.—(*Bajo.*) ¡Dame el dinero!...

FERNANDO.—¿Qué dinero?...

ANTONIO.—(*Indignado.*) ¡Ah!... ¿Pero no traes dinero?...

FERNANDO.—¡Ni un céntimo!...

ANTONIO.—¡Ladrón!... (*Cambiando de tono a Fanny.*) I dona, es un asunto que me interesa mucho porque tengo resolverlo esta noche...

FANNY.—Sigue... sigue...

ANTONIO.—(*A Fernando otra vez furioso.*) Y ahora... ¿qué

FERNANDO.—Tú dirás. Por tus gemelos, tu alfiler de corbata y la petaca da Don Benito unas ciento cincuenta pesetas. ¿Las quieres?...

ANTONIO.—¿Ciento cincuenta pesetas?... ¡Debo más del doble! ¿Y no se te ocurre nada más?...

FERNANDO.—¿Qué quieres que se me ocurra?...

ANTONIO.—¡Eres un desgraciado! ¡Valiente secretario!... Vete a casa. Coge la alfombra de nudo y véndesela.

FERNANDO.—¿Cuál?... ¿La grande o la chica?...

MAITRE.—(*Entrando con las fuentes. A Antonio.*) He puesto a enfriar un champagne especial qué sólo servimos a los grandes clientes...

ANTONIO.—A los grandes clientes ¿eh?... (*A Fernando.*) Vende las dos, la grande y la chica... Y los muebles, y la cama... y lo que haga falta... Y si no encuentras el dinero, lo robas... y si no, asesinas a Don Benito... Pero ahora me haces el favor de largarte de aquí y dejarme en paz... No me voy a pasar la noche hablando de negocios... (*Mas alto.*) De modo que ya sabes... Lo que sea necesario... (*Le empuja hacia la puerta. Bajo.*) ¡Animal!...

FERNANDO.—(*Desde la puerta.*) Señora... (*Inclinación. Bajo a Antonio.*) Me las pagarás. (*Sale.*)

ANTONIO.—¿Me perdonas este paréntesis?... Ahora ya no me ocupo más que de ti... ¿Me perdonas, di?...

FANNY.—Sí, hombre, sí... ¿No te he de perdonar?... Además yo ya sé lo que son los negocios... lo que es cuidar una fortuna...

ANTONIO.—¡Bah!... Te juro que tú vales para mí, mucho más que toda mi fortuna...

FANNY.—Eso son cosas que se dicen...

ANTONIO.—Créemelo... (*La coge la mano y se la acaricia.*) Esta mano tan fina..., tan torneada..., no tiene precio para mí. Esta sortija tan preciosa...

FANNY.—(*Con cierto desprecio.*) Un solitario que no está mal.

ANTONIO.—¡No está mal!... ¡Qué ha de estarlo!... Un solitario así! Seguramente un solitario de estos cuesta...

FANNY.—¿Quieres que no hablemos de eso?... Supongo que no te imaginas que yo he venido a comer contigo por tu dinero...

ANTONIO.—¡No, qué disparate!... Yo nunca he pensado que pudiera conquistarte por mi dinero... Quiero que sea con mis palabras de fuego..., y si no bastan las palabras, con la pasión misma... (*Se va acercando a ella y pasa su brazo alrede-*

dor del talle.) Quiero que comprendas que esto que siento por ti...

FANNY.—(*Tranquila.*) Quiero que comprendas que puede entrar el maitre...

MAITRE.—(*Entrando.*) Señora... Estos dos señores preguntan por la señora... (*Presenta dos tarjetas.*)

FANNY.—(*Después de leerlas con sorpresa.*) ¿Están abajo?...

MAITRE.—Sí, señora...

FANNY.—Que suban. Y mande usted poner dos cubiertos más...

MAITRE.—Perfectamente, señora. (*Sale.*)

ANTONIO.—¿Quiénes son?...

FANNY.—Dos amigos míos...

ANTONIO.—¿Y los haces subir?...

FANNY.—Sí, debía haber comido con ellos esta noche...

ANTONIO.—¡Eso no se hace!...

FANNY.—¿Por qué?...

ANTONIO—Yo contaba con que comeríamos sólos...

FANNY.—¿Qué más da?... ¡Para lo que van a estorbarnos!...

ANTONIO.—¿Qué clase de amigos son?...

FANNY.—Eso, amigos...

ANTONIO.—¿De los que andan alrededor?...

FANNY.—Sí y no... ¡Pero qué más da!... Te prefiero a ellos; te lo juro...

ANTONIO.—¿Cómo se llaman?

FANNY.—Uno Pardo Sotero... Y el otro Arquellada...

ANTONIO.—¿Pardo Sotero y Arquellada?... Los hombres más ricos de España...

FANNY.—Dos hombres de negocios como tú... Solo que más viejos... Anda no pongas esa cara... Sé amable, no te arrepentirás... y para que no estés en condiciones de inferioridad, te dejo que nos convides tú a todos...

ANTONIO.—(*Horrorizado.*) Me dejas... ¿qué?...

FANNY.—Sí; comprendo que lo contrario te podría molestar y quiero ahorrarte esa humillación. (*Se oye fuera la voz de PARDO SOTERO.*)

PARDO.—(*Desde fuera.*) Dile a mi mecánico que vaya a casa y me traiga los telegramas que haya. Y si me llaman por teléfono desde Barcelona, que estoy aquí... (*Entra en escena. Unos cincuenta y cinco años. Pelo blanco. Smóking. Aspecto simpático. Besa la mano a Fanny.*) Perdóneme si me he retrasado... Pero he tenido un día agitadísimo...

(*Entra ARQUELLADA. Sesenta cumplidos. Acento catalán.*)

ARQUELLADA.—No. A quien tiene usted que perdonar es a mí, porque yo soy el culpable... Es decir... Seamos justos. El ver-

ıdero culpable es el Monopolio del Calcetín que estamos endo de implantar en España, en beneficio del consumidor... aro está...

FANNY.—Ustedes siempre tan altruístas... Me permiten que s presente a un amigo mío... Antonio...

ANTONIO.—Viana...

FANNY.—Que ha sido tan amable que me ha invitado a coer en vista de que no llegaban ustedes. (*Saludos. Pardo mi. con desconfianza a Antonio y viceversa.*)

PARDO.—(*A Fanny.*) Siento mucho lo ocurrido, pero no puede ıo partirse en dos pedazos...

ARQUELLADA.—No hace falta partirse en pedazos, lo que es enester es seguir la norma de nuestra casa...

PARDO.—¿Que es?...

ARQUELLADA.—Una norma que seguimos desde hace cuatroentos años que se fundó la casa... y yo la he puesto un verso ıra estar a tono con el siglo...

FANNY.—¡Ah!... ¿Sí?...

ARQUELLADA.—Dice:

> Debe llevar aparte todo buen Arquellada
> la vida de negocios de la vida privada.

PARDO.—El verso es bastante malo...

ARQUELLADA.—Pero el consejo es de primera...

FANNY.—(*A Antonio.*) ¿Qué opinas tú de esto?...

ANTONIO.—Yo creo que tiene razón Arquellada...

PARDO.—Usted habla desde su punto de vista, joven... Usd es un rentista que sólo ve la parte agradable del dinero... sted no sabe lo que son apuros financieros.

ARQUELLADA.—¡Y que lo diga usted!... Este pollo es un caitalista a secas... y nosotros somos los trabajadores del caital... Desde que un antepasado mío prestó los primeros cien scudos a Wifredo el Velloso, que quería ir a depilarse a Pas, por cuántos apuros no ha pasado la casa Arquellada y Comañía!...

ANTONIO.—Sí... Ya comprendo que al lado de ustedes mi siıación es privilegiada... pero...

FANNY.—¿No se sientan ustedes? ¿No tienen apetito?

PARDO.—Ustedes están terminando... Nos haremos poner tra mesa y luego nos reuniremos... (*Fanny hace una seña a ntonio para que no lo acepte.*)

ANTONIO.—De ninguna manera... Para mí es una satisfacción ıvitar a los dos hombres de negocios más importantes de Esaña...

FANNY.—Bien, Antoñito..., eso está bien...

PARDO.—No sé si debemos aceptar...

ARQUELLADA.—¿Por qué no?... Yo encuentro encantador que nos convide este joven. Cordialmente, gracias joven.

ANTONIO.—¿Quieren ustedes sentarse?... (*El Maitre y otro camarero acercan a la mesa el diván en el que se sientan Pardo y Arquellada.*)

MAITRE.—¿Qué van a tomar los señores?...

PARDO.—Para mí, una raja de salmón asado, roatsbeef frío y una peche a la Melba...

MAITRE.—Perfectamente...

ARQUELLADA.—Para mí... Un lenguado frito y una manzana

FANNY.—¿Nada más?

ARQUELLADA.—Nada más, porque recuerdo otro aforismo..

"Para llegar a viejo un Arquellada,
por la noche no coma casi nada."

(*A Antonio.*) Es un consejo que le doy, pollo... usted todavía está a tiempo, no coma por la noche.

PARDO.—A su edad... ¡Qué tontería!... A los jóvenes hay que darle si acaso, consejos financieros... Compre usted cuanto antes... Saltos de Manzanares... Electras de Huelva y Petrolíferas de Calatayud...

ARQUELLADA.—¡Qué disparate!... Hágame caso... No especule usted... Siga mi consejo. Divida su fortuna en tres partes iguales... Una tercera parte, inmuebles. Otra, oro. Y otra, obligaciones. Así no le puede pasar nada.

FANNY.—No hagas caso ni a uno ni a otro... Gasta tu dinero. Tíralo por la ventana... pero compra felicidad... ¿Comprendes?... ¡Felicidad!...

ARQUELLADA.—Señora, por lo que usted más quiera, no siga..

FANNY.—¿Por?...

ARQUELLADA.—Porque siento que mi tatarabuelo, el que prestó cien escudos a Wifredo, al escucharla da saltos de horror en su tumba...

ANTONIO.—¡Ah!... no... Pues por mí que se tranquilice su antepasado. Aunque soy muy joven, sé perfectamente lo que tengo que hacer con mi dinero.

MAITRE.—(*A Antonio.*) Su secretario desea hablarle...

ANTONIO.—(*Al Maitre.*) Que pase... ¿Me perdonan?... Un segundo...

FERNANDO.—(*Entra. Cara mustia. Al ver el cuadro se queda asombrado.*) ¡Cuánta gente!... Esto parece una boda...

ANTONIO.—¿Sabes quién son esos señores?...

FERNANDO.—¿Quiénes?

ANTONIO.—Pardo Sotero y Arquellada...

FERNANDO.—(*Reconociéndolos.*) Es verdad... ¿Quién está loco?... ¿Tú o yo?... ¿Tú comiendo con Pardo y Arquellada?...

ANTONIO.—¿Y no sabes lo mejor?...

FERNANDO.—¿Qué es?

ANTONIO.—Que el que invita soy yo...

FERNANDO.—¡No es posible!... Mañana sales en los sucesos...

ANTONIO.—¿Qué más da?... ¿Traes dinero?...

FERNANDO.—Por las alfombras y todo lo demás... llega don Benito a trescientas cincuenta.

ANTONIO.—¡Ni para empezar!...

FERNANDO.—Y para colmo, el "taxi" marca ya diez y nueve pesetas y el mecánico está escamado...

ANTONIO.—Cuando se escama uno por tan poco no se es mecánico de "taxi"... Tengo una idea...

FERNANDO.—Dila.

ANTONIO.—Vete a ver a don Benito..., cuéntale con quienes estoy comiendo..., y si al saberlo no me presta dos mil pesetas...

FERNANDO.—Tienes razón... Corro a buscarlo.

ANTONIO.—Pues hasta ahora... (*Más alto.*) Y ya sabes... menos de dos millones ochocientas..., de ninguna manera...

FERNANDO.—(*Siguiendo la broma.*) ¿Aunque llegue a dos setecientas cincuenta?

ANTONIO.—Aunque llegue...

FERNANDO.—Lo dicho, dicho. Mañana, en los sucesos. Menos mal que como yo tèngo influencia con un redactor de *A B C* sólo publicarán las iniciales. Hasta ahora... (*Inclinación y sale.*)

ANTONIO.—¿Ustedes me perdonan?...

ARQUELLADA.—¿Arreglado?

ANTONIO.—Arreglado.

PARDO.—¿Está usted muy metido en negocios?...

ANTONIO.—(*Señalando el cuello.*) Hasta aquí...

FANNY.—Haces mal. ¡A tu edad!... ¿Qué dejas para cuando tengas la edad de éstos?...

PARDO.—(*Picado.*) Gracias, Fanny...

FANNY.—No te ofendas. He querido decir...

PARDO.—Que somos unos viejos...

ARQUELLADA.—Y tiene razón...

FANNY.—A mí un muchacho como Antonio hablando de negocios... me hace el efecto de un niño fumando un puro...

ANTONIO.—(*Picado.*) Gracias, Fanny...

(*Fuera suena la música... Un tango.*)

FANNY.—¡Cómo estáis de susceptibles!... Arquellada, ¿quiere usted que bailemos?

ARQUELLADA.—Si usted lo manda... Pero le prevengo que soy un caso... bailando...

FANNY.—(*Que se ha levantado y le coge del brazo.*) ¿Por qué?

ARQUELLADA.—Porque en cuanto suenan los primeros acordes, me subo en el pie de mi pareja y hasta el final no me apeo...

FANNY.—(*Riendo.*) ¡No será tanto!... (*Han salido.*)

(*Quedan frente a frente Pardo y Antonio. Una pausa. Fuera se oye la música un poco apagada.*)

PARDO.—¿Hace mucho que conoce usted a Fanny?

ANTONIO.—La he conocido esta noche...

PARDO.—¿Y le gusta?...

ANTONIO.—¿Le interesa a usted mucho?

PARDO.—Cuando lo pregunto...

ANTONIO.—¿Y si no contestara?

PARDO.—Estaría usted en su derecho... pero haría usted mal...

ANTONIO.—¿Por qué?...

PARDO.—Porque con no contestar dice usted más que contestando si... o no...

ANTONIO.—¿Además de los negocios se dedica usted a la psicología?...

PARDO.—En los ratos de ocio...

ANTONIO.—Y este es uno de esos ratos...

PARDO.—Iba a decírselo a usted...

ANTONIO.—Y si yo le dijera que para continuar sus estudios psicológicos se buscara usted una persona de su familia...

PARDO.—Un momento, joven... No pierda usted la serenidad... Haría usted mal... Además, no olvide que aquí yo soy su invitado...

ANTONIO.—Tiene usted razón... perdone...

PARDO.—¡Por Dios!... Todos sabemos lo que es eso... Aquí donde usted me ve, yo también he sido joven...

ANTONIO.—No lo dudo...

PARDO.—¿Me permite usted que volvamos a la conversación de antes?...

ANTONIO.—¿Con qué objeto?...

PARDO.—Con el de aclarar la situación... En beneficio de ambos... Usted es joven y rico... Yo no soy más que rico... Lleva usted un hándicap considerable... Sin embargo conozco bien a Fanny...

ANTONIO.—¿Hace mucho?...

PARDO.—Ahora es usted el que pregunta...
ANTONIO.—¿No tengo derecho?...
PARDO.—Desde luego...
ANTONIO.—¡Entonces, conteste usted!...
PARDO.—En ese tono, no... Además ya no hace falta. Veo que está usted más interesado de lo que parece... Y todo ello... en unas horas... Es usted muy vehemente...
ANTONIO.—(*Otra vez furioso.*) Yo soy... como me da la gana...
PARDO.—Serenidad... Educación... Calle usted que vuelve Fanny...

(*Entran, en efecto, FANNY Y ARQUELLADA.*)

FANNY.—Realmente, si algún día se arruina Arquellada, el único sitio donde no hay que buscarle es de profesional en un dancing...
ARQUELLADA.—Ya le previne a usted... que era un caso...
FANNY.—No importa... La orquesta es tan estupenda que da gusto bailar... (*A Pardo*) ¿Vienes?...
PARDO.—¿Yo?...
FANNY.—¿Por qué no?...
PARDO.—¿No te parece más indicado que bailes con este joven?... (*Apoya en la palabra joven. Antonio hace ademán de ir a él.*)
FANNY.—¿Tú crees?...
PARDO.—Desde luego...
FANNY.—¿Vamos, Antonio?...
ANTONIO.—(*Después de un segundo de vacilación.*) Vamos...

(*Salen Fanny y Antonio. Arquellada y Pardo se sientan en la mesa. Les sirven y empiezan a comer. Pardo, con cara de disgusto. Arquellada, encantado.*)

ARQUELLADA.—(*Comiendo.*) ¿Pardo?...
PARDO.—¿Arquellada?
ARQUELLADA.—El Monopolio del calcetín es uno de los negocios más grandes que hemos planeado... ¿Sí o no?
PARDO.—Sí...
ARQUELLADA.—Los beneficios que puede dejarnos a cada uno, se cifran en millones, ¿si o no?...
PARDO.—(*Entre dientes.*) Sí...
ARQUELLADA.—¿Cómo?
PARDO.—¡Que sí!...
ARQUELLADA.—Y sin embargo, en este momento, no es el Monopolio lo que le preocupa...
PARDO.—(*Mirándole.*) Según... como se entienda...

ARQUELLADA.—Entonces, ¿la preocupación es por el Monopolio?...
PARDO.—Sí...
ARQUELLADA.—¿Pero el... del calcetín? ......
PARDO.—No...
ARQUELLADA.—¡Ah!... ¿Tiene usted celos?
PARDO.—¿No le importa a usted que siga comiendo?...
ARQUELLADA.—Nada... (*Una pausa.*) Simpático, ¿verdad?
PARDO.—¿Quién?
ARQUELLADA.—(*Hace un gesto indicando el asiento de Antonio.*)
PARDO.—¡Tal vez!...

(*Entra FERNANDO. Al ver que no está Antonio se para en la puerta.*)

FERNANDO.—¿El señor Viana?...
PARDO.—Está bailando... Ahora vendrá... Pase usted... (*Fernando pasa.*) Siéntese... (*Se sienta.*)
ARQUELLADA.—Su patrón, por lo visto, no descansa...
FERNANDO.—Nunca...
PARDO.—Muy activo, su jefe...
FERNANDO.—Mucho...
ARQUELLADA.—Rico, ¿no?...
FERNANDO.—(*Un silbido encomiástico.*) Buiii...
PARDO.—¿Emprendedor?...
FERNANDO.—¡Y cómo!...
ARQUELLADA.—El prototipo del joven de hoy...
PARDO.—¿Con qué grupo trabaja?... ¿Urquijo o Banesto?...
FERNANDO.—Mitad y mitad...
ARQUELLADA.—Un ecléctico...
FERNANDO.—Sí. En el fondo, esa es la palabra... Un ecléctico...

(*Entran FANNY y ANTONIO. Vienen muy amartelados. Tanto que no ven a Fernando. En la puerta misma se paran, mirándose en los ojos.*)

ARQUELLADA.—Lo dicho... Un ecléctico...
ANTONIO.—(*Al ver a Fernando.*) ¡Ah!... ¿Qué?...
(*Se adelanta con él mientras Fanny se sienta en la mesa.*)
ANTONIO.—¿Has visto a ese tío?...
FERNANDO.—Sí. Le he contado lo que pasaba.
ANTONIO.—¿Y?...
FERNANDO.—Dice que siendo amigo de esta gente, le extraña que recurras a él...

ANTONIO.—¿De modo, que ni un céntimo?
FERNANDO.—Ni medio...
ANTONIO.—¡Y la grippe haciendo estragos!
FERNANDO.—La Providencia que está en crisis... Te traigo balas para el revólver, por si acaso...
ANTONIO.—¡Nunca!... Yo no me doy por vencido...
FERNANDO.—¿Tienes una idea?
ANTONIO.—No. Pero la tendré...
FERNANDO.—¿Cuando?
ANTONIO.—A tiempo... Mientras tanto, siéntate ahí con nosotros...
FERNANDO.—¡Jamás!
ANTONIO.—¿Por?...
FERNANDO.—Porque no quiero ser cómplice...
ANTONIO.—Allá tú... Entonces espérate ahí fuera...
FERNANDO.—El taxi marca 69 pesetas...
ANTONIO.—El taxi es un humorista...
FERNANDO.—Y tú, otro...
ANTONIO.—Bueno, obedece...
FERNANDO.—(*Alto.*) Bien. A sus órdenes... Abajo espero... (*Saluda y sale.*)

(*Mientras tanto han descorchado el champagne y están bebiendo.*)

FANNY.—Antonio, haz el favor de dejar ya tus asuntos y ven a beber con nosotros...
ANTONIO.—(*Acercándose a la mesa.*) Encantado... ¡A beber!... ¿Es bueno el champagne?...
FANNY.—¡Delicioso!
ANTONIO.—(*Con la copa en alto mirando a Fanny.*) ¿Por?...
FANNY.—(*Mirando a Pardo.*) ¿Por?...
ARQUELLADA.—(*Interviniendo.*) Por el Monopolio...
ANTONIO.—Eso es... Por el Monopolio... ¿Verdad Fanny?... ¡Por la eternidad del Monopolio!...
PARDO.—¿A qué Monopolio se refiere usted?...
ANTONIO.—(*Va a contestar, pero entra un BOTONES con unos telegramas en una bandeja.*)
BOTONES.—¿Señor Pardo?
PARDO.—Presente.
BOTONES.—El mecánico trae estos telegramas para el señor... Le llaman al aparato de Barcelona...
ARQUELLADA.—¿De Barcelona?...
PARDO.—Vamos allá... Venga usted, Arquellada... Debe ser algo del Monopolio... (*El Botones espera la propina. Pardo se*

busca en los bolsillos. Ni un céntimo. A Arquellada.) ¿Tiene usted suelto?

ARQUELLADA.—Ni un céntimo... No llevo jamás dinero encima...

PARDO.—(*A Antonio.*) ¿Y usted joven?

ANTONIO.—A mí me suele pasar lo que a Arquellada, pero hoy por casualidad... llevo cinco duros...

PARDO.—Haga el favor... (*Los coge y se los da al Botones.*) Toma, quédate con un duro y me traes la vuelta... ¿Vamos, Arquellada? Con permiso...

(*Salen los dos y el Botones. Apenas han salido, Antonio, coge la mano de Fanny y la mira con la ternura usual de estos casos.*)

ANTONIO.—¡Fanny!...

FANNY.—¡Antonio!...

ANTONIO.—¿Me quieres?

FANNY.—Estoy empezando a temer que sí...

ANTONIO.—¿De veras?

FANNY.— De veras...

ANTONIO.—¡Qué desesperación!...

FANNY.—¿Qué te pasa?...

ANTONIO.—Nada... y mucho...

FANNY.—¿Tienes alguna preocupación?

ANTONIO.—Una muy grande...

FANNY.—¡Bah!... No pienses en eso... Olvídate de todo... ¡No estoy a tu lado!... Vámonos... si quieres, antes de que vuelvan esos...

ANTONIO.—No puedo... Hay algo que me retiene aquí...

FANNY.—¿Qué es ello?

ANTONIO.—Algo que necesito tener esta misma noche y que tendré... ¡Pase lo que pase!... (*Se le ilumina la cara.*) ¿Comprendes?... ¡Lo tendré!... (*Llama al timbre.*)

CRIADO.—¿Llamaban los señores?

ANTONIO.—A mi secretario que suba...

CRIADO.—Bien. (*Sale.*)

FANNY.—¿Más negocios, Antonio?...

ANTONIO.—El último... Fanny de mi vida... ¡Por fin!... ¿De veras me quieres?... ¿No me engañas?... ¿Pardo no te importa nada?...

FANNY.—¡Menos que nada!...

ANTONIO.—Entonces... la noche es nuestra... Dame un beso... (*Fanny va a dárselo. Entra FERNANDO.*)

FERNANDO.—¿Llamaba usted?

ANTONIO.—(*A Fanny.*) Un segundo. (*A Fernando.*) Baja a

despacho de recepción y pide para mí el mejor cuarto con salón que haya en el Hotel...

FERNANDO.—(*Queriéndole tocar la frente.*) Espera... ¿Qué temperatura tienes?...

ANTONIO.—La normal...

(*Fanny desde lejos parece que no oye, pero escucha.*)

FERNANDO.—¿Entonces, es que te has vuelto loco?

ANTONIO.—Sí... pero de amor...

FERNANDO.—Te advierto que Ciempozuelos no distingue de locuras...

ANTONIO.—Déjame en paz. Haz lo que te digo...

FERNANDO.—¿Y mañana?...

ANTONIO.—Mañana es cuando puedes traerme las balas del revólver... Pero esta noche... Fernandete, por de pronto, esta noche... no me la quita a mí... nadie... ¿Comprendes?... ¡Vamos!... ¡Obedece!...

FERNANDO.—Ahora mismo... (*Sale.*)

FANNY.—¿Tienes ya... lo que necesitabas?...

ANTONIO.—¡Lo tengo!...

FANNY.—¿Todo?...

ANTONIO.—Todo... no. Casi todo... (*Casi la abraza, y entran PARDO y ARQUELLADA.*)

PARDO.—(*Parándose un momento, al contemplar el cuadro y rehaciéndose.*) Esta noche, es una gran noche, *para todos*... El Monopolio del calcetín es un hecho... ¡Estoy más que contento!...

ARQUELLADA.—¿Pues y yo?...

PARDO.—Quiero que lo celebremos... Vámonos todos a un cabaret... ¡Yo convido!...

BOTONES.—(*Entrando.*) La vuelta de los cinco duros...

PARDO.—Para ti... Hoy es noche de alegría... (*Antonio pone cara de circunstancias al ver que se queda sin los cinco duros. El Botones sale encantado.*) Vamos hombre, no ponga usted esa cara... Esta noche tenemos que estar todos muy contentos... pero sobre todo usted y yo...

ANTONIO.—¿Por qué usted y yo sobre todo?

PARDO.—Joven... Hay cosas que no se preguntan...

ARQUELLADA.—(*Al Maitre.*) ¡La cuenta!...

ANTONIO.—No, usted perdone... Eso es cosa mía...

ARQUELLADA.—Desde luego. Yo no hacía más que pedirla.

MAITRE.—(*Repasando en voz alta.*) Cigarrillos, flores, ostras, perdices... champagne...

ANTONIO.—(*A Fanny mientras la pone el abrigo.*) ¿Y vamos a ir con ellos?

FANNY.—No hay más remedio. Pero en cuanto podamos les dejamos plantados...

ANTONIO.—¿Podemos ir a tu casa?

FANNY.—¡Imposible!...

ANTONIO.—Pues yo necesito verte...

FANNY.—En mi casa no puede ser...

ANTONIO.—Entonces, en la mía...

FANNY.—¿Y dónde vives tú?...

(*Entra el GERENTE del Hotel seguido de FERNANDO.*)

GERENTE.—Tiene usted reservado el departamento número 12, que llamamos del rey de Siam, porque lo ocupó cuando estuvo en Madrid...

ANTONIO.—Perfectamente...

MAITRE.—(*Presentando la cuenta.*) Señor...

ANTONIO.—(*Displicente.*) Que lo pongan a la cuenta del número 12.

PARDO.—(*Saliendo con Arquellada y Fernando que está asustado de todo aquello.*) ¿Vamos?

ANTONIO.—Vamos... (*Bajo a Fanny al salir.*) Ahora ya sabes donde vivo yo... ¿Vendrás luego? ¿En cuanto puedas?...

FANNY.—No debía venir... pero...

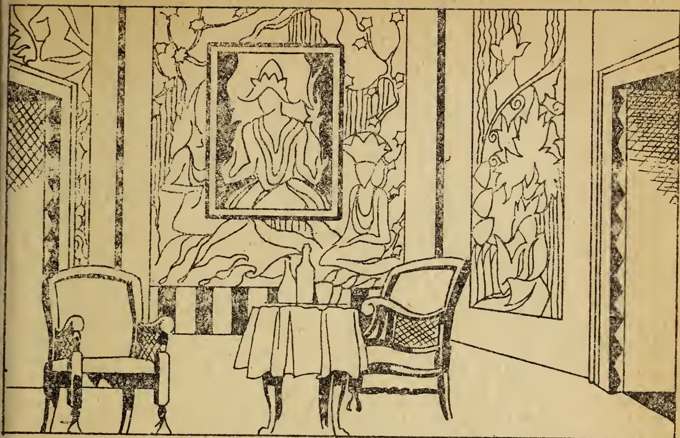
ANTONIO.—¿Pero, qué?...

FANNY.—Pero por si acaso, espérame. . (*Sale y*)

TELON



ACTO TERCERO



El salón del departamento del rey de Siam en el Mundial Palace. Las paredes forradas de damasco amarillo. Los muebles a tono. Una gran chimenea, a la izquierda, y encima de ella, un retrato del rey de Siam. Mesas, butacas, diván, etc. La una de la madrugada.

(En escena ANTONIO Y FERNANDO, ambos de smóking.)

ANTONIO.—*(Que está sentado en una butaca a la derecha, de frente al retrato del rey de Siam.)* Cuando pienso que yo, Antonio Viana, un señor sin dos pesetas, lo que se llama un desgraciado, voy a pasar la noche en el Mundial Palace, en el cuarto del rey de Siam, no sé si echarme a reír o ponerme a llorar...

FERNANDO.—Ponte a llorar... Es más práctico...

ANTONIO.—Eso iba a hacer... Pero entonces me acuerdo de que estoy esperando a una mujer que me envidiaría el propio rey de Siam. *(Saluda al retrato con una inclinación.)* y eso me dificulta mucho las lágrimas...

FERNANDO.—Yo no he visto en mi vida nada más insensato que tú.

ANTONIO.—¿Por qué?... Un día es un día... y una noche es una noche.
FERNANDO.—¡Y menos mal si viene!...
ANTONIO.—¡Vendrá!...
FERNANDO.—¿No te ha dicho a qué hora?...
ANTONIO.—Enseguida... Les he dejado en el cabaret y al despedirse me ha dicho bajo... "Vete... ahora voy yo"
FERNANDO.—Bien. Pues mientras la esperas, creo que te será muy útil ir leyendo esto... (*Le da un libro pequeño.*)
ANTONIO.—¿Qué es ello?...
FERNANDO.—Una obrita muy interesante... El Código Penal...
ANTONIO.—¡Caray!... ¡Pocas bromas!...
FERNANDO.—En serio... Escucha: (*Leyendo.*) "*Artículo 725.* El que valiéndose de un nombre supuesto, o fingiendo una posición que no le corresponde, o de cualquier otra manera causase daño en la persona o bienes de un tercero... será considerado reo del delito de estafa..."
ANTONIO.—No me vas a decir tú a mí que lo que yo hago...
FERNANDO.—Yo no digo nada, lo dice todo el Código... Sigo: "...delito de estafa con la pena de uno a dos años de prisión mayor, a menos que concurran circunstancias agravantes, en cuyo caso se aumentará la pena a cinco años..."
ANTONIO.—Menos mal que aquí no hay circunstancias agravantes...
FERNANDO.—Te equivocas... Pero, además, escucha... "En el caso de que los daños causados por estos procedimientos rebasen la cifra de mil pesetas..." (*Deja de leer y pregunta con severidad.*) ¿Hemos rebasado la cifra de mil pesetas?...
ANTONIO.—Reconocerás que una comida como la de esta noche y un departamento como este del Mundial Palace, por mil pesetas, sería regalado...
FERNANDO.—(*Leyendo.*) "...la pena aplicable será de cinco a diez años..."
ANTONIO.—¿Diez años?... Por ese precio podía haberme permitido el lujo de asesinar a don Benito...
FERNANDO.—¡No lo creas!... Si acaso intentarlo... Un asesinato consumado no te lo puedo dejar en menos de quince años...
ANTONIO.—¡Qué bárbaro! ¡Lo que sabes tú de esto!...
FERNANDO.—¡Qué quieres!... Cuando se es amigo de un criminal, no hay más remedio que estar al corriente...
ANTONIO.—Puede que yo lo sea... Pero tú de cómplice, no te escapas... Eres mi secretario.

FERNANDO.—Tu secretario, sí. Tu cómplice, no. Te fijarás que no he probado bocado del festín que encargaste, que no he fumado ni un cigarillo... Que no me he aprovechado de nada... A lo sumo... a lo sumo mi complicidad me costará unas semanas de detención... Mientras que tú...

ANTONIO.—¿Pero tú crees, en serio, que todo esto puede terminar en una celda de la Modelo?...

FERNANDO.—El Código está terminante...

ANTONIO.—¡No fastidies!...

FERNANDO.—Hijo, bien te lo he avisado... Pero tú te empeñaste... Y todo por una mujer que Dios sabe si vendrá...

ANTONIO.—Vendrá, estoy seguro... Tan seguro, que ahora me haces el favor de largarte por si acaso...

FERNANDO.—Como quieras... Pero si en vez de llegar ella, llega la policía... Ya sabes que me tienes a tu disposición. Para algo son los amigos... (*Sale.*)

ANTONIO.—(*Mirando el retrato del rey de Siam.*) Quien te iba a decir, cuando estrenaste este cuarto, que ibas a tener un sucesor presidiable... ¡Qué quieres!... ¡Cosas de la democracia!... (*Entra FANNY silenciosamente, sin que la oiga Antonio. Ha cambiado de toilette. Va hacia él y le tapa los ojos.*)

ANTONIO.—¡Fanny!...

FANNY.—Aquí me tienes... Pero no me mires... Me da vergüenza.

ANTONIO.—¿De qué?

FANNY.—De la tontería que he hecho... Cuando te fuiste me dejaron en casa Pardo y Arquellada. Me mudé de ropa, tomé un "taxi" y aquí estoy.

ANTONIO.—Gracias, Fanny, gracias...

FANNY.—Gracias, pero esto es una locura...

ANTONIO.—¿Por qué?

FANNY.—Porque sí... Yo no he debido venir... Pero no sé qué tienes tú... Verdad que a veces se toma más cariño a una persona en dos horas, que a otros en toda la vida...

ANTONIO.—Verdad... Eso, además, tiene un nombre... el flechazo.

FANNY.—¿Lo has sentido tú?...

ANTONIO.—En cuanto te ví...

FANNY.—¿De veras?...

ANTONIO.—Te lo he demostrado...

FANNY.—Tienes razón... (*Mirando al cuarto.*) ¿Oye, sabes que estás instalado aquí como un rey?...

ANTONIO.—¿Lo dices por el de Siám?...

FANNY.—Lo digo porque este debe ser el cuarto de más lujo de todo el hotel...

ANTONIO.—Yo soy así... y tú no mereces menos...

FANNY.—Eres de un galante que ya no se lleva... (*Ve sobre la mesa el libro. Lo abre. Lee.*) "El rapto de una persona que no hubiese cumplido los catorce años será castigado con la pena de cinco a diez años de prisión mayor"... ¿Has estado leyendo esto?... ¡No te asustes!... Yo ya he pasado de los quince; además, si estás completamente decidido a raptarme, te prevengo que cuentas con mi consentimiento...

ANTONIO.—Me encantaría llevarte muy lejos... (*La abraza.*) A un país donde no hubiera leyes... ni cárceles, ni Código Penal... donde no se conociera el dinero ni de nombre...

FANNY.—Tienes razón... ¡qué encanto! Tú y yo en una isla desierta...

ANTONIO.—Muy desierta, tampoco... Lo importante es lo otro, que sea todo poesía, que no haga falta el dinero para nada.

FANNY.—¡Una isla encantada!... Viviríamos de dátiles y plátanos.

ANTONIO.—Y de vez en cuando, para variar, de fresa silvestre...

FANNY.—Lo malo iba a ser que no tendríamos champagne...

ANTONIO.—Sí, eso sí... Sin embargo, dicen que el zumo del coco...

FANNY.—No por Dios, ¡qué horror!...

ANTONIO.—No te parece que mientras llega la isla desierta podemos conformarnos con esto que tenemos... Gente tampoco hay aquí... La noche es silenciosa... (*Se sienta en el sofá.*) Nos queremos...

FANNY.—Tienes razón... Vamos a olvidar poco a poco todo... Dame tu mano... Cierra los ojos... Dentro de poco, de unos minutos, nos sentimos en Oceanía...

ANTONIO.—¿Tú crees?

FANNY.—Ya verás... Una noche deliciosa... Una de esas noches como sólo las hay bajo el cielo malva de los trópicos... Calma... Silencio... La tierra huele a mujer... El mar acaricia la playa como un amante a su amada... Las estrellas no pueden contarse... La brisa se ha acostado...

ANTONIO.—Oye, ¿y si imitáramos a la brisa?...

FANNY.—No seas prosaico... Déjame seguir... En el horizonte del mar, temblando, como si quisiera deshacer el hechizo, asoma la luna su disco de plata...

ANTONIO.—¡Fanny!

FANNY.—¿Qué?

ANTONIO.—¿De modo que además eres poeta?...

FANNY.—¿Qué mujer no lo es un poco? ¿Verdad que ya estamos en Oceanía?... Tú y yo tendidos sobre la arena de la playa, para ti... la cárcel de mis brazos...

ANTONIO.—(*Pegando un salto.*) ¿Qué dices?...

FANNY.—La cárcel de mis brazos... ¿Te asusta?...

ANTONIO.—No, pero te diré... Hay comparaciones poco felices.

FANNY.—¿Preferirías las rejas de mi pasión?...

ANTONIO.—¿No podrás elegir símiles más alegres?...

FANNY.—¿Qué más da?... Cuando se quiere, cuando hay amor... la celda de un presidio resulta un cabaret...

ANTONIO.—Cárcel..., rejas, celda, presidio... (*Toca madera.*)

FANNY.—¿Qué dices?... ¿Qué te pasa?...

ANTONIO.—Nada, que hemos vuelto de Oceanía demasiado de prisa... Entra aquí..., ¿quieres?... Tengo que hablar con mi secretario... En seguida voy... (*La lleva al cuarto.*)

FANNY.—¡Pero no tardes mi vida!...

ANTONIO.—No..., no... En seguida voy... (*Cierra la puerta y va hacia la de la derecha donde se supone el cuarto de Fernando.*)

ANTONIO.—¡Fernando!... ¡Fernando!...

FERNANDO.—¿Qué ocurre?... ¿La Policía?...

ANTONIO.—No. Te llamo porque tengo que hacerte una revelación. Yo soy una persona decente...

FERNANDO.—(*Se echa a reír.*) ¿De veras?...

ANTONIO.—No te rías... Tú no sabes lo que me ocurre...

FERNANDO.—¿Qué?...

ANTONIO.—Que adoro a esa mujer... Que ella me quiere..., que estamos los dos aquí sólos y es como si estuviéramos a cien leguas de distancia...

FERNANDO.—¿Por qué?...

ANTONIO.—Porque en este cuarto así no podemos querernos...

FERNANDO.—Tu dirás lo que necesitas... El cuarto del rey de Siám...

ANTONIO.—El rey de Siam podía pagarle... Yo no...

FERNANDO.—¿Y qué?... Hasta mañana no te van a pasar la cuenta...

ANTONIO.—Es inútil... No puedo apartar de mi vista la calle de la Princesa... La Modelo... Un soldado de Infantería... muy pequeñito que hace la guardia delante de la garita. Una mujer que vende naranjas para los presos...,

FERNANDO.—Chico..., pintas el cuadro, que es estarlo vie[n]do... Le entran a uno escalofríos...

ANTONIO.—Ya comprenderás que en estas condiciones...

FERNANDO.—Sí, realmente...

ANTONIO.—Para una vez que la vida me hace un regalo... no lo puedo aceptar... ¡También es mala suerte!... (*Llama a la puerta.*)

FERNANDO.—¡La Policía!... Seguro...

ANTONIO.—¿Qué se hace?...

FERNANDO.—Abrir... De todos modos, entrará..., y si no ha[y] resistencia a la autoridad, puedes aprovecharlo como circuns-tancia atenuante...

ANTONIO.—(*Abriendo.*) ¡Adelante!...

(*Entra PARDO SOTERO con abrigo de pieles y smoking.*)

PARDO.—Buenas noches... Usted me perdonará...

ANTONIO.—(*Al ver que no era la Policía ve el cielo abierto*) No faltaba más... Pase usted. (*A Fernando.*) Puedes retira[r]te. Mañana te dictaré esas cartas...

FERNANDO.—Perfectamente. (*Una inclinación y sale.*)

PARDO.—Le extrañará a usted, joven, que venga a estas h[o]ras... Pero yo también tengo mis aforismos... "No dejes p[a]ra mañana lo que puedas solucionar hoy". Lo mismo en neg[o]cios que en la vida privada...

ANTONIO.—¿Y cuál es el motivo de esta visita?...

PARDO.—¿Y si le digo que yo mismo no lo sé todavía?...

ANTONIO.—¡Me es igual!... Yo tengo siempre mucho gus[to] en recibirle. (*Llama al timbre.*)

PARDO.—Gracias. (*Se quita el abrigo.*) Me alegro de no h[a]berle molestado mientras descansaba.

ANTONIO.—¿Yo descansar?... Hace diez minutos que esta[ba] en Oceanía...

PARDO.—¿Tiene usted allí negocios?... ¿En Filipin[as] quizá?...

ANTONIO.—No. En otras islas...

(*Entra el CAMARERO.*)

CAMARERO.—¿Ha llamado el señor?...

ANTONIO.—Sí... (*A Pardo.*) ¿Quiere usted algo?... ¿Champa[ñ]ne?... ¿Cogñac?... ¿Whisky?

PARDO.—Un whisky con soda..., sí..., gracias...

ANTONIO.—Y a mí otro...

CAMARERO.—Perfectamente... (*Sale.*)

ANTONIO.—Pues estoy a su disposición...

PARDO.—¿Quiere usted que juguemos una partida de algo?...

ANTONIO.—¿Una partida a estas horas?... ¿Y para eso vie- usted aquí?

PARDO.—¿Qué quiere usted?... Una idea como otra cualquie- .. Me parece que usted debe ser un buen jugador...

ANTONIO.—¿No le parece a usted mejor que juguemos a car- vistas?...

PARDO.—De acuerdo... Así se conocen antes los rivales...

ANTONIO.—¿Nosotros rivales?...

PARDO.—Desde luego... Hombre contra hombre. O dinero con- dinero.

ANTONIO.—Hombre contra hombre... es muy probable... Di- 'o contra dinero..., no... Sería un combate demasiado igual...

PARDO.—¿Por qué?... Si yo hubiera sido tan tímido como :ed, no tendría hoy la fortuna que tengo...

ANTONIO.—¡Qué diferencia entre su fortuna y la mía!

PARDO.—¿Juega usted de veras a cartas vistas?...

ANTONIO.—Sí... Es más... En la situación angustiosa en que : encuentro... creo un deber confiarme a mi rival.

PARDO.—Comprendido... ¿Tiene usted su capital momentá- amente inmovilizado?...

ANTONIO.—Usted lo ha dicho. Inmovilizado... Pero no corre igún riesgo... Pues mi fortuna es de tal índole, que ni nicos de bolsa, ni baja de la peseta, ni revoluciones, ni dic- luras, ni terremotos, ni cataclismos pueden influir en ella...

PARDO.—¿Por qué?...

ANTONIO.—Porque no tengo un céntimo...

PARDO.—¿Me va usted a hacer creer que no tiene un cén- no?...

ANTONIO.—Tenía, hace un par de horas... tenía cinco du- s... Pero se los presté a usted...

PARDO.—Hombre, eso tiene gracia... Sus últimos cinco du- s me han servido para dar una propina... Tiene gracia. (*Ríe repitosamente.*)

ANTONIO.—¿Usted encuentra que tiene gracia?...

(*Entra el CAMARERO con los whiskys, los deja sobre la esa y se retira.*)

PARDO.—Permítame joven que le diga que es usted un hom- e genial... No ponga usted esa cara. Hablo en serio... Un ïor sin dos pesetas en el bolsillo que ocupa el departamen- del rey de Siam en el Mundial Palace... es un hombre de rvenir... ¿Y usted a lo mejor se cree un estafador?... Nada

de eso, amigo... Lo que usted es un hombre de negocios excepcional... Se lo digo yo que entiendo de esto. Un hombr que con cinco duros en el bolsillo hace lo que usted ha hech esta noche, es el hombre que yo necesito... ¿Cuánto quiere?..

Antonio.—Nada...

Pardo.—¿Nada?...

Antonio.—Yo no quiero que usted me preste dinero... Y quiero ganar dinero... ¿Comprende usted?... Si sabe uste de algo en que pueda ganarlo...

Pardo.—Precisamente para ganar dinero hace falta una base. Y a ser posible empezar con dinero prestado... Tra buena suerte... Eso lo saben todos los jugadores... Amig Viana... ¿Le bastan a usted diez mil pesetas?...

Antonio.—Diez mil veinticinco... Olvida usted que me deb cinco duros... Las cuentas claras...

Pardo.—(*Sacando un libro de cheques y una estilográfica.*) Tiene usted razón... Diez mil veinticinco... ¡Las cuentas claras!... (*En este momento se abre la puerta y aparece FANNY.*)

Fanny.—¿Se puede saber qué haces?... (*Al ver a Pardo, sorprendida.*) ¿Tú?...

Pardo.—¿Te sorprende verme aquí?... En realidad el sorprendido debería ser yo al encontrarte a estas horas en e cuarto de este joven amigo mío... No importa... Muchas gracias, Fanny, muchas gracias... Me has sacado de dudas ante de lo que yo esperaba...

Fanny.—Desde luego. Si has venido solamente a averigua esto... Si crees en lo que ven tus ojos... puedes estar satisfecho... Aquí me tienes...

Antonio.—Entonces... ¿Usted y Fanny?...

Fanny.—No, nada de eso... Este señor no tiene sobre mí ningún derecho. *Ninguno,* ¿comprendido?... Porque el hacer l corte a una mujer, el pretender casarse con ella..., ¿está est claro?...; *casarse con ella,* mientras ella no haya accedido no da derecho a meterse en su vida, que hoy por hoy es sól suya... ¿Conforme, señor Pardo Sotero?

Pardo.—Pero no me negarás que en un asunto de esta importancia para mí, lo menos que podía hacer era informarme..

Fanny.—Quiero tranquilizarte... El mal negocio de casart conmigo no lo hubieras hecho jamás... Soy yo la que no habría querido...

Pardo.—(*En el fondo afectado.*) Perdonen ustedes... (*A Antonio.*) En cuanto al cheque, está a su disposición... (*Se l quiere dar.*)

ANTONIO.—Supongo que no me hará usted la ofensa de creer ue voy a aceptarlo...

PARDO.—Me va usted a hacer perder el buen concepto que omo hombre de negocios había formado de usted... Eso que sted hace podía ser muy caballeroso... Pero está pasado de ıoda... El dinero no tiene olor, joven...

ANTONIO.—Eso le parecerá a usted.

PARDO.—Y si lo tiene es siempre agradable...

ANTONIO.—¡Tal vez!... Pero en materia de perfumes sólo to-ro a mi alrededor el de la mujer que quiero...

PARDO.—(*Rompiéndolo.*) Pues entonces nada... Otra vez mil ərdones... ¡Y que sea enhorabuena!... Buenas noches. ¡Mejor icho, buenos días!... (*Hace un saludo y sale.*)

ANTONIO.—Ha hecho bien en irse. Un segundo más, perdía paciencia...

FANNY.—Para qué... Bastante tiene con lo que sufre en su nor propio... de hombre rico irresistible...

ANTONIO.—¿Se lo cree?...

FANNY.—Y tanto... Primero me pretendió por las malas... omo yo no cedí, se encaprichó... Entonces acudió al recurso ıpremo de los hombres, me ofreció su mano...

ANTONIO.—¿Y has dejado por mi culpa un porvenir seme-ınte?...

FANNY.—No lo he dejado por ti..., ya lo has oido... Jamás ıbiera sido la mujer de Pardo..., pero si alguna vez hubiera ənsado en serlo..., por ti habría desistido con muchísimo ısto...

ANTONIO.—Gracias..., eres un ángel... Lo que siento es no oderte ofrecer en cambio...

FANNY.—¿Quieres callar?... De ti no quiero más que tu ca-ño. Prefiero de ti un hotelito mono en Chamartín o en la iudad Lineal..., donde tú quieras..., que con él un palacio ı la Castellana... ¡Si vieras con qué poco!...

ANTONIO.—¡Qué buena eres!...

FANNY.—Sobre todo, contigo realizo el sueño dorado de mi da. ¡Encontrar un hombre muy rico y que además me gus-!... Verás qué felices vamos a ser... Y nada de quedarnos en adrid todo el invierno... ¡Viajar juntos!... Iremos a Suiza... doro la nieve..., ¿tú no?...

ANTONIO.—¡Y yo!...

FANNY.—Luego a Montecarlo... ¡Me encanta la ruleta!... Pero enes que prometerme que no te jugarás el dinero como un co... A lo sumo... mil francos, cada vez...

ANTONIO.—¡Prometido!...

FANNY.—Y nada de presentarte cada día con un regalo distinto... Nada de joyas... ¡Flores!... Me regalas sólo flores... Un ramo de orquídeas todas las mañanas. ¡Es mi flor!... Prefiero eso a un collar de brillantes.

ANTONIO.—Entonces... ¿Nada más que flores?...

FANNY.—Nada más... De ti no quiero alhajas... Si acaso..., si acaso... te permito, para llevar siempre algo tuyo, que me regales una sortija modesta... No vayas a hacer locuras... De mil a dos mil pesetas, a lo sumo...

ANTONIO.—¿Eso es todo?...

FANNY.—Eso... Además quiero que me quieras...

ANTONIO.—¡Eso... si vieras qué fácil es para mí! (*Se abrazan. Llaman a la puerta. Se separan.*)

FANNY.—Han llamado...

ANTONIO.—(*Que recuerda otra vez a la Policía.*) ¿Estás segura?... (*Llaman otra vez.*) Sí..., no cabe duda...

FANNY.—¿Tengo que irme otra vez?...

ANTONIO.—Espera... Voy a ver quién es... (*Abre la puerta, sale, vuelve a entrar enseguida.*) ¿Sabes quién está ahí fuera?...

FANNY.—¿Quién?...

ANTONIO.—Arquellada, en batín...

FANNY.—¿Arquellada?...

ANTONIO.—Sí. ¿También te pretendía?...

FANNY.—No. Te lo juro. Ese no viene por mí... ¿Le vas a hacer pasar?...

ANTONIO.—¿Qué te parece?...

FANNY.—Yo creo que a un hombre como Arquellada no se le puede tener aguardando fuera mucho tiempo... Pero, despáchale pronto...

ANTONIO.—Enseguida...

FANNY.—¿Ves?... Cuánto mejor estábamos en nuestra isla de Oceanía... La noche azul... El mar en calma... Llámame pronto. (*Sale. Antonio abre la puerta. Entra ARQUELLADA envuelto en un batín lujosísimo.*)

ANTONIO.—Adelante, señor Arquellada...

ARQUELLADA.—Usted sabrá disculparme, joven..., que me presente a estas horas...

ANTONIO.—Desde luego, disculpado. Supongo que vendrá usted a proponerme que juguemos alguna partida de algo...

ARQUELLADA.—Se equivoca... Se equivoca de medio a medio..., pollo... Yo no soy jugador, ni lo he sido nunca... Yo soy mirón, ¿comprende?... Es un oficio más productivo... Cuando todos mis colegas, durante la guerra, se pusieron a jugar al

lza de los marcos..., yo miraba..., y ya ve usted si tuve azón...

ANTONIO.—En efecto... Pero haga usted el favor de sentar-e... ¿En qué puedo servirle?

ARQUELLADA.—Sé que ha estado aquí Pardo Sotero...

ANTONIO.—¿Y cómo lo sabe usted?...

ARQUELLADA.—Aforismos al canto, pollo:

"El hombre de negocios que no es bruto
debe tener informes al minuto."

Yo sé siempre los pasos que dan mis competidores. Pardo otero sale de aquí... Sólo una pregunta... ¿Han cerrado us-edes algún trato?...

ANTONIO.—¿Trato de qué?...

ARQUELLADA.—¡Del negocio que ha venido a proponerle!...

ANTONIO.—Yo no tengo negocios con Pardo...

ARQUELLADA.—¡Bien hecho!... Si tuviera usted negocios con l, saldría usted perdiendo...

ANTONIO.—(*Mirando a la puerta por donde salió Fanny.*) ues precisamente esta vez si alguien ha perdido..., no he si-o yo, se lo aseguro...

ARQUELLADA.—Me alegro, porque me ha sido usted simpáti-o desde el primer momento... Usted es el hombre que yo usco...

ANTONIO.—¿Busca usted un hombre?... ¿Para qué?...

ARQUELLADA.—¡Oh!... mire.... Cuando se tienen los negocios ue tiene la casa Arquellada siempre hacen falta hombres. Yo oy un Diógenes permanente... De usted me puedo fiar porque engo la seguridad de que usted no va a ser un concurrente lesleal... Ya lo ha oído usted esta noche... El Monopolio del alcetín es un hecho... Pero la casa Arquellada no descansa... n mi cerebro ha venido hace días a posarse la idea de otro Ionopolio, que completa el primero; el Monopolio de la Liga...

ANTONIO.—¡Sensato!...

ARQUELLADA.—Para esto es menester de lo que llamamos en egocios un hombre de paja...

ANTONIO.—¿Y eso qué es?...

ARQUELLADA.—No me haga usted creer que desconoce el vo-ablo... ¡Un hombre de paja!... ¿No comprende, hombre?...)e paja...

ANTONIO.—Bien, siga usted...

ARQUELLADA.—En negocios hay que tener mucho cuidado de o levantar la liebre... Los hombres universalmente conoci-

dos, como yo, Pardo y media docena más... no podemos dar u paso sin que se comente...

ANTONIO.—Exacto...

ARQUELLADA.—Y para llevar a bien el Monopolio de la Lig es necesario hecer gestiones reservadas, dar algunos pasos s cretos... y para esto le necesito...

ANTONIO.—¿Y por qué se ha fijado usted en mí si apenas m conoce de esta noche?...

ARQUELLADA.—No importa... Otro aforismo:

"Se debe distinguir a simple vista,
la gente tonta de la gente lista."

Usted me sirve...

ANTONIO.—¿Y qué es lo que tengo que hacer?...

ARQUELLADA.—Mañana por la mañana recibirá usted mis in trucciones.

ANTONIO.—¿Mañana por la mañana?...

ARQUELLADA.—¿Qué?...

ANTONIO.—No sé si estaré libre...

ARQUELLADA.—Le prevengo que la casa Arquellada no pid nada sin dar algo... Además esta noche ha tenido usted la ger tileza de invitarme a cenar...

ANTONIO.—¡Bah!... De eso no hay que hablar...

ARQUELLADA.—Yo quiero corresponder... (*Saca del bolsillo d billetes de mil pesetas.*) Me hará usted el favor de acept estas dos mil pesetas a cuenta de sus honorarios...

ANTONIO.—Me parece que no debo...

ARQUELLADA.—Acepte usted joven...

ANTONIO.—Por no disgustarle a usted. (*Va a la puerta d Fernando.*) ¡Fernando!...

FERNANDO.—¿Qué desea usted?...

ANTONIO.—Haz el favor de extender un recibo de dos mil p setas a cuenta...

ARQUELLADA.—¡Por Dios!... No es necesario...

ANTONIO.—Sí, sí...

ARQUELLADA.—No. Otro aforismo:

"El que presta dinero a un caballero
si le exige recibo es un tendero."

Hasta mañana, pollo, buenas noches... y cuente con el agr decimiento de la casa Arquellada, hoy Arquellada y Compa ñía... (*Sale.*)

ANTONIO.—¿Has visto?...
FERNANDO.—He visto...
ANTONIO.—(*Sacudiendo los billetes.*) ¡Salvados!...
FERNANDO.—¡Salvados!...
ANTONIO.—Y además en relaciones de negocios con la casa rquellada y Compañía.
FERNANDO.—¡No seas idiota!...
ANTONIO.—Oye tú... cuidado con los adjetivos...
FERNANDO.—¿Pero no comprendes que esto me lo debes a i?...
ANTONIO.—¿A tí?...
FERNANDO.—A mí... Yo no podía consentir que mañana te tuvieran como a un estafador vulgar. He ido al número 74, onde se hospeda Arquellada, por cierto con bastante menos ijo que tú, le he contado todo...
ANTONIO.—¿Todo?...
FERNANDO.—Todo... Ha soltado la carcajada y me ha dicho: *mitando el acento de Arquellada.*) "Hombre, mire... un homre que hace eso merece protección... Allá voy" Y ha venido...
ANTONIO.—¿Y lo del hombre de paja?...
FERNANDO.—Se lo he insinuado yo...
ANTONIO.—¿Sabes lo que te digo?... Que Arquellada es un ngel. Qué manera más delicada de meterme dos mil pesetas n el bolsillo sin que pudiera molestarme... Por cierto, ¿la fra de dos mil pesetas también es cosa tuya?...
FERNANDO.—Sí...
ANTONIO.—¿Para qué tanto?... Con mil pesetas tenía basnte...
FERNANDO.—Porque se me ha pegado lo de los aforismos de rquellada, y he pensado:

"Cuando des un sablazo algo importante
procura que te quede algún sobrante."

ANTONIO.—Pues te equivocas... Si sobra algo no será para osotros. Yo pienso salir de aquí como entré... con cinco uros... Todo lo demás se lo daré de propina a la gente del lotel. Además quiero que Fanny no sepa nunca la verdad...
FERNANDO.—Un día u otro, acabará por saberla...
ANTONIO.—No. Porque dentro de unas horas, al salir de aquí. esapareceré de su vida... Esto habrá sido solamente el sueño e una noche... ¡Una noche loca!... Llama y di que me traigan a cuenta...
FERNANDO.—¿Para qué esas prisas?...

ANTONIO.—No quiero que el sol me encuentre aquí... Co la luz natural, no soportaría la mirada de ese señor... *(Pc el rey de Siam.)* Quiero ir a dormir a mi cuarto de estudiar te y despertar allí abrazado a los recuerdos de esta noche.. Anda haz lo que te he dicho...

FERNANDO.—¡No te comprendo!...

ANTONIO.—Ni falta que hace. ¡Basta con que me obedezcas!. *(Le da un empujón y cierra tras de él la puerta. Aparece FANNY.)*

FANNY.—¿Has echado de aquí a Arquellada?...

ANTONIO.—No. Lo que acabo de echar de aquí son las preocupaciones, las contrariedades, los disgustos, todo lo que me impedía quererte como tú te mereces... *(Rodea su cuello con brazo.)*

FANNY.—¿Cómo merezco yo que me quieras?...

ANTONIO.—¡Como no ha querido nadie a ninguna mujer e este mundo!

FANNY.—No aspiro yo a tanto...

ANTONIO.—Con la experiencia de un Casanova y la impetuosidad de un debutante.

FANNY.—¡Tampoco!... ¿No te parece que basta con que no queramos simplemente... estúpidamente?...

ANTONIO.—*(Abrazándola con furor.)* ¿Así entonces?...

FANNY.—Así... ¡Lo que hace falta es que nos dejen en paz *(Llaman a la puerta.)* ¿Otra vez?... ¿Quién puede ser?... ¿ ver?... ¿Otro millonario?...

ANTONIO.—No, es el camarero con la cuenta...

FANNY.—¿Por qué la cuenta ahora?

CAMARERO.—*(Entrando.)* ¿El señor ha pedido la nota?...

ANTONIO.—Sí, me voy de viaje mañana temprano...

CAMARERO.—¿A qué hora desea el señor que se le llame?

ANTONIO.—No hace falta. Mi secretario tiene ya el encargo. ¿Qué debo?...

CAMARERO.—Mil trescientas cincuenta y siete con cuarenta cinco.

ANTONIO.—*(Como un gran señor.)* Ahí tiene usted dos mil. Devuélvame cinco duros, y lo que sobra para ustedes...

CAMARERO.—*(Doblándose en dos y dándole los cinco duros* Mil gracias señor conde. ¿No desea nada más el señor cond Señor conde... *(Otro saludo y sale.)*

FANNY.—¿Por qué eres tan loco?...

ANTONIO.—¿A qué te refieres?...

FANNY.—Más de seiscientas pesetas de propina... ¿y cc qué vas tú a comer el mes que viene?

ANTONIO.—¿Qué dices?

FANNY.—Digo que un pobre diablo como tú... con seiscientas pesetas tiene para comer un mes... y tú acabas de regalárselas a ese hombre que gana tres veces lo que tú...

ANTONIO.—(*Avergonzado.*) ¡Fanny!...

FANNY.—¡Qué tonto eres!... ¿Te has imaginado que he creído en tus negocios ni un solo segundo?... ¿No comprendes que tú mismo te has descubierto?...

ANTONIO.—¿Yo?... ¿Cómo?...

FANNY.—Un millonario no hace una declaración de amor tan apasionada como la tuya... Un millonario no encarga una comida como la que tú nos has dado... Un millonario no es tan espléndido jamás... Y además he oído lo que hablabas con tu secretario...

ANTONIO.—(*Cambiándo de tono y decidiéndose.*) Entonces... señora!... Perdóneme usted... (*La besa la mano y hace ademán de salir.*)

FANNY.—(*Sujetándole.*) ¡Qué tontería!... No tienes por qué pedir perdón... Esta noche te has portado como un señor... Como un gran señor!... Cada gota de champagne era una gota de sangre que te sacaban del corazón y nadie lo ha notado... Mucho tienes que quererme para sentirte capaz de hacer lo que has hecho por mí esta noche!... (*Le da un beso.*)

ANTONIO.—Esta noche... ¿Y mañana?...

FANNY.—Mañana te llevaré yo a un sitio donde comeremos como dos reyes por cuatro cincuenta...

TELON



LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL
DE OBRAS DE TEATRO

IRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

ITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 -MADRID

JMEROS PUBLICADOS

PRECIO DEL EJEMPLAR: **50 cts.**

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G.-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Coig.

[illegible] SEAS!, de Alberto Novión.

47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María v
LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52 MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Vin.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alo
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60 LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-R
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Ri
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castill
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernán
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y
tremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Ca
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UÑA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez R
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pe
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALO
QUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré, traducció
Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estre
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G.-Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Le
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y P
Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez L.
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de
tonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cris
de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina

102. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paulino Masip.
103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
107. LA ARAÑA DE ORO, de Orsier y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109. LA LOBA, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
110. ¡ATRÉVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.
111. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.
112. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.
113. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.
114. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Machado.
115. ¡MALDITA SEA MI CARA!, por Magda Donato y Antonio Paso.
116. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.
117. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.
118. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.
119. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.
120. VOLPONE, de Ben Jonson.
121. EL ALFILER, de Pedro Muñoz Seca.
122. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
123. MARÍA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
124. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126. ¿QUÉ DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
127. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128. EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA, de Insúa y Oliver.
129. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
130. EL CUATRIGÉMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pedro.
132. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
133. ¡LA CONDESA ESTÁ TRISTE!..., por Carlos Arniches.
134. MANOS DE PLATA, por Francisco Serrano Anguita.
135. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136. FABIOLA O LOS MÁRTIRES CRISTIANOS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
137. PELELES, de Francisco de Viu.
138. ANFISA, de Leonidas Andreiev.
139. EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavides.
140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El pastor poeta.
141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
144. LA HIJA DE JUAN SIMÓN, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, arreglo de los Hnos. Machado.
146. LA EDUCACIÓN DE LOS PADRES, de José Fernández del Villar.
147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CIZAÑA, de Linares Rivas.
148. LA ROSA DEL AZAFRÁN, de Romero y Fernández Saw.
149. SHANGHAI, de John Colton, traducción de A. Mori.
150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.

151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Vin.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CAÑON", de José Fernández del Villa
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarca.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159 EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Revesz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
162 EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adaptación de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
174. LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
175. PIRUETA, de Fernando de la Milla.
176. LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
177. ¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Castro y Carreño.
178. EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
179. LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
180. MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.
181. ADAN, O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA, de Felipe Sassone.
182. LOS CHAMARILEROS, de Arniches, Abati y Lucio.
183. EL ALMA DE CORCHO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández
184. HAN CERRADO EL PORTAL, de Ardavín.
185. TIERRA EN LOS OJOS, de Serrano Anguita.
186. EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER, de Bernard Shaw
187. TOMAME EN SERIO, de Atonio Paso.
188. LA NOCHE LOCA, de Honorio Maura.

l